

El equivalente

Pedro Lipcovich

Los ojos de Marga	2
La piedad	33
Falso médico	62

Los ojos de Marga

1

Marga, ciega, bajo las ventanas, parece mirar. Como se niega a hablar con los alienistas, ellos me pidieron que les trasmita lo que me diga; incluso sugirieron que anote sus palabras, pero mi escritura es lenta y confío en mi memoria. El pabellón penal del hospicio es nuevo, luminoso. Marga es la primera internada.

El doctor Ruiz Munilla me advirtió que mi función primordial es contribuir a que Marga se ponga en condiciones de dialogar con los profesionales. Con franqueza me dijo que él no hubiese querido dejar esta tarea a cargo de una enfermera, pero el Ministerio exige la mayor premura. El doctor me pidió que le pregunte a Marga por sus recuerdos; dice que en los desórdenes infantiles suele hallarse la clave para entender las patologías de la vida adulta, especialmente en psicopatías sociales como la que ella padece.

El doctor Ingmann, en cambio, descreo de la teoría de los desórdenes infantiles y en realidad no piensa que sea posible lograr resultados terapéuticos con Marga. Él cree que fue un error haberla traído y que, si el Ministerio insiste en interrogarla, sería mejor que lo hicieran sus propios funcionarios. De todos modos el doctor Ingmann encuentra en Marga un interés científico, porque ejemplifica un fenómeno que él llama de fascinación inversa por la mirada.

Las cuencas de los ojos están bien, sin infección. Cuando la trajeron todavía tenía las vendas, yo le hacía las curaciones. Ya había atendido heridas graves, incluso cegueras por accidentes. Tengo buena mano y Marga no se quejaba. Tuvo fiebre los primeros días y después no se levantó de la cama por varias semanas, no quería comer, temimos una depresión definitiva. Mejoró, pero a los alienistas no quiere escucharlos. Hoy, como dijo el doctor, le pedí que me hablara de cuando era chica pero no obedeció. Le dije que era sólo por charlar y se retrajo todavía más. Entonces yo, vacilando como quien dice una verdad difícil, le dije que en mi barrio me preguntan por ella. Muchos. Me preguntan cómo está, quieren saber cómo fue

su vida. Cómo conoció al tigrecito, quieren saber. Marga me dijo que eso no tiene importancia y le dije que para ellos sí es importante, ellos quieren saber cómo llegó a ser lo que fue, lo que es, y le dije que, para ellos, su vida es algo que puede iluminar, algo que da luz aunque... --temblé--, aunque ya no están sus ojos. Dio resultado, por suerte, y ella me habló.

2

Cuando Marga tenía doce años, llegó a Cañuelas el circo Suárez, "Con Artistas, Tigre y Monstruos". Armaron la carpa redonda a la salida del pueblo, en el vértice que formaban el río y el camino a la capital. El domingo, ella retiró veinte centavos de la caja del almacén del padre adoptivo, y fue a la función. Todos estaban excitados con la palabra "monstruos", que gritaban los chicos y callaban los grandes. Sebastián Suárez dio la bienvenida; después vinieron el malabarista, alto y flaco, la trapecista con traje brillante y, antes del gran número final con los monstruos, el tigrecito con su domador.

Cuando, por un túnel de rejas, el tigrecito entró en la jaula grande, Marga vio brotar de sus ojos un resplandor más intenso que cualquier lámpara. Un momento y se apagó. El animal no era más grande que un puma como los que a veces aparecían desde el río, pero era un tigre asiático. Su piel de rayas negras, gruesas, estaba lastimada y sin lustre.

El tigrecito bailaba torpemente sobre unos bancos redondos. El domador, bajo y fornido, usaba un palo que tenía en la punta unas espuelas. Prendió fuego en un aro y el tigrecito saltó, se chamuscó el pelo. Marga percibía en él un miedo absoluto como el que sienten los niños.

El domador no recibió muchos aplausos; los espectadores esperaban a los monstruos y con ellos se asustaron, rieron y aplaudieron.

Esa noche tarde, Marga volvió al circo. Junto a la carpa cuatro carretas, dispuestas en herradura, delimitaban un espacio donde los artistas descansaban. Había un fuego, que el malabarista alimentaba con ramas secas, y una gran olla que atendían la trapecista y dos de los monstruos. Comían solos o en grupos de dos o tres. Sebastián Suárez revisaba papeles y hacía cuentas ayudado por un monstruo. El domador no estaba.

--¡Marga! --la suave voz tras ella la sacudió. Era el malabarista que la miraba sonriendo, abría los brazos para que se diera por descubierta y la invitaba a pasar a la luz. La saludaron sin énfasis, le acercaron un plato con guiso. El malabarista se llamaba Michel Duval y le presentó a la trapecista, Clarisa.

Michel le explicó que durante la función, gracias a su condición de experto mentalista, había leído en la cara de ella que algo en el circo la afectaba de un modo especial, de ese modo que hace volver, y a la noche, cuando vio que en un sitio la sombra se adensaba, supo que era ella.

Sí, pero, ¿cómo había sabido que se llamaba Marga? Michel sonrió sin responder.

Después Clarisa le dijo que todos la habían visto llegar y que Sebastián Suárez la reconoció del almacén donde trabajaba.

Marga se quedó esa noche, protegida por la herradura de carretas, con Michel y Clarisa. Él le dijo que su verdadera profesión, con la que había triunfado en Europa, era la de mentalista telepata, pero, acá, la telepatía no podía prosperar. La telepatía se sostiene en la idea de que cada uno tiene pensamientos propios, distintos a los de los demás, y que esos pensamientos no se transparentan en sus actos sino que permanecen ocultos, encerrados en un recinto que se llama la mente. Creer en la telepatía es creer en la privacidad, y el individualismo del siglo diecinueve en el Viejo Mundo, así dijo, ha generado mentes telepatizables. Pero acá, en el circuito rústico que recorría el circo, los espectadores eran generalmente analfabetos, la posibilidad de leer la mente no los maravillaba más que la de leer un libro y no otorgaban valor o sentido a la autonomía, de modo que el hecho de que alguien, un voluntario, fuese forzado a determinadas acciones por el mentalista, no les llamaba la atención. Tampoco la prestidigitación los conmovía: del conejo que brota de la galera podía sorprenderlos el conejo, especie exótica, pero no su aparición, ya que era común que un animal, una vizcacha, brotara de un agujero imprevisto. Y si se trataba de trucos con cartas, despertaban en ellos la imagen del fullero que, con las artes perversas de la capital, sale a esquilmar en las poblaciones. Sólo el malabarismo lograba interesarlos, ya que sus pruebas se desenvuelven en un universo de destrezas que les es familiar, el de quien arroja el lazo o las boleadoras.

Cuando Michel se fue a jugar a las cartas con Suárez y unos monstruos, ellas siguieron la conversación. Clarisa le contó que, en Europa, era *ecuyère*. Se decía así, en francés, Clarisa en

Europa galopaba sobre dos caballos, un pie en el lomo de cada uno y había sido muy celebrada, pero acá, en el circuito rural que el circo recorría, las gracias con caballos eran parte de la vida cotidiana, y ella había vuelto a su oficio inicial de trapecista. Un día de estos se caería y se mataría, dijo con sonrisa dulce. Clarisa tenía bastante más de treinta años, el pelo descolorido de tan rubio y andaba con grandes sombreros porque la piel se le dañaba con el sol. Además de trabajar en el trapecio hacía de secretaria de Michel en el espectáculo.

Al tigrecito lo había traído Clarisa. Lo rescató en un circo de Cádiz, recién nacido, cuando lo iban a ahogar. Poco antes se había reencontrado con Michel, antiguo amigo o quizá marido que llegaba de Francia. Ella venía de perder un bebé. Él le propuso cruzar el océano en una especie de fuga irónica, así dijo.

Cuando subieron al barco, el tigrecito tenía el tamaño de un gato. Lo entraron clandestinamente en una valija. Ninguno de los pasajeros de la tercera clase denunció la presencia del animal, que hubiera sido echado al mar. Clarisa había empezado a alimentarlo a mamadera pero durante el viaje no iban a conseguir leche y ella, entonces, le dio de mamar. La lengua áspera del tigrecito la dejaba en carne viva, contó y un día le mostraría a Marga las cicatrices blancas.

Desembarcaron en la capital y Michel buscó a Sebastián Suárez. Supo que el circo sobrevivía, los clowns y el mago se habían ido pero Suárez había empezado con los monstruos y no le iba mal. A Suárez le interesó Clarisa para trapecista y aceptó a Michel. En cuanto al tigrecito, como todos en el circo, tendría que ganarse la vida: Suárez les propuso que se encargaran ellos, una pareja de domadores sería novedoso; pero no sabrían hacerlo y no querían, y Suárez contrató a Pascual, un domador de caballos que decía haber aprendido a domar tigres en París. El tigrecito, quizá por mala alimentación en las primeras semanas de vida, había quedado enclenque y enfermizo.

Marga no volvió esa noche al almacén. Durmió en la carreta de Michel y Clarisa. Al día siguiente le pidió a Suárez que la dejara trabajar en el circo y él aceptó: se encargaría de la limpieza, de alimentar al tigrecito, de atender a los monstruos.

Los alienistas me habían pedido que le preguntara por los monstruos pero Marga no quiso seguir hablando, le dolían mucho las cuencas, siempre le duelen pero a veces más, y prefirió tratar de dormir. Yo le alcancé la manta. A veces le gusta abrigarse aunque haga calor.

3

Ayer pasé frente al despacho del director: el doctor Ruiz Munilla hablaba con el doctor Ingmann y con un funcionario del Ministerio. La puerta estaba abierta y escuché decir mi nombre, hablaban de mí y me pareció que Ruiz Munilla decía algo como "indigente". Al verme cerraron la puerta pero después le pregunté al doctor Ingmann qué habían hablado de mí, por qué dijeron indigente. Él, un poco incómodo, dijo que la palabra era "inteligente". El doctor Ruiz Munilla le había dicho al funcionario que yo, aunque no tuve educación, soy muy inteligente.

Entonces, si soy tan inteligente, ¿por qué mi trabajo es limpiar la mierda de los enfermos?

Pero ésta es mi oportunidad. El puesto de jefa de enfermeras está vacante y estoy dispuesta a hacer lo que haga falta. Lo mejor, claro, sería obtener de Marga datos que permitieran desbaratar a los rebeldes. Pero Marga no va a dar esa información. Además, eso no me garantizaría el aprecio del doctor Ruiz Munilla. Él quiere completar el perfil psiquiátrico de Marga, explicar las razones de su sociopatía y diseñar el método para curarla en el hospicio. Mientras tanto, el doctor Ingmann espera un paso en falso de Ruiz Munilla para reemplazarlo como director. Con Ingmann las cosas son claras, alcanzaría con que me acostara con él.

4

El circo Suárez trazaba cada año un semicírculo, visitando poblaciones en un radio de quince a veinte leguas de la capital. Como un planeta que orbitara alrededor de su estrella, comentó el doctor Ingmann. Cada fin de año Sebastián Suárez venía unos días a la capital a visitar la tumba de su esposa, y volvía con confituras para celebrar el año nuevo. El recorrido anual se iniciaba en el oeste, donde están las casas de verano de las familias ricas. Allí no había funciones pero Suárez incorporaba nuevos monstruos. Después empezaba el circuito por los pueblos. El circo se trasladaba en cuatro carretas: la de Sebastián Suárez; la de los

monstruos, adonde fue destinada Marga; la de Michel y Clarisa y la de Pascual con la carpa plegada, las sillas y el tigrecito en la jaula chica.

Clarisa le contó a Marga que Pascual había sido domador de potros en una estancia. Su patrón lo había llevado a Europa para que lo ayudara en el traslado de unos reproductores. Una noche en París, mientras el patrón iba al cabaret, Pascual fue al circo, porque en el circo, lo mostraban los carteles, había caballos. Vio a una *ecuyère*. El trabajo de la mujer, pese a su aspecto frágil y sus ojos azules se parecía, en la velocidad y el riesgo, a la doma. Él fue otras veces y la esperó, pero ella no quiso amarlo. También había en el circo un domador de leones, él se acercó y se arregló para contarle que también era domador. Al otro lo divirtió recibir a una especie de colega de tan lejos y le permitió verlo trabajar. Pascual lo vio sobarlo al animal, se parecía un poco a domar potros. Pero el domador de caballos trabaja para otros. No volverá a tratar con el animal domado y no se propone humillarlo sino civilizarlo. En cambio el domador de fieras será el amo de ese animal, para toda la vida. El domador de fieras es el más poderoso de los hombres, ya que es capaz, contra la Naturaleza, de dominar absolutamente a otro ser.

Al regreso, Pascual volvió a sus caballos pero estaba desacompasado. Le había perdido el gusto a ese trabajo. Empezó a tomar de más, buscó pependencias. Un domingo de doma perdió el equilibrio, y otro domingo también. Un día escuchó que había un circo sin payasos, con un tigre cachorro que no tenía domador, y se presentó ante Sebastián Suárez.

Clarisa contó que, una tarde, Pascual le mostró la doma. Era la siesta, hacía calor. Pascual enlazó al tigrecito por el cuello y lo ató a un poste en el centro de la jaula grande. Empuñó el palo, hizo rodar las espuelas por el lomo. Clarisa vio cómo el tigrecito se alzaba sobre sus patas traseras; rugió débilmente y trató de atacar pero lo retuvo la cuerda. Las espuelas circulaban por los pliegues de la piel. El tigrecito quiso huir pero el hocico se incrustó entre las rejas, frente a Clarisa. El animal giró, retenido por la cuerda, y el domador le clavó las espuelas en las ancas. El tigrecito gimió y apretó el vientre contra el suelo. El domador se acercó y con la mano desnuda le tocó todo el cuerpo. Cosquilleaba. El animal se estremeció.

Pascual lo desató. Con leves golpes de espuela lo hizo ponerse de pie y girar alrededor del poste, lo hizo caminar para acá, para allá y lo obligó a posarse en un banquito.

Me habían dicho dos veces que le preguntara a Marga cómo son los monstruos pero ella no me contestó, yo no insistí y los doctores me llamaron la atención. Se miraron entre ellos, dudaban de mí.

Cuando volví al pabellón penal enfrenté a Marga. Le dije que en el barrio me preguntaban cómo son los monstruos pero esta vez Marga dijo que no, que al revés, en los barrios deberían aprender que no importa cómo son los monstruos. Le dije que ella tiene que contestar mis preguntas. Las preguntas las dictan los doctores, son por el bien de ella y ella tiene que obedecer como cualquier paciente. Marga calló y apartó la cara como si no quisiera mirarme, como si no supiera que está ciega. Decidí mantenerla atada a la cama durante veinticuatro horas. El procedimiento da resultado para mejorar la conducta de los pacientes pero no fue así en este caso. Marga dejó absolutamente de hablarme.

Si ella seguía en silencio los doctores me descartarían, buscarían otra. Le dije a Marga que lamentaba lo sucedido y que la inmovilización había sido por órdenes superiores. Siguió sin hablarme. Ya había pasado más de un día y tuve que contarles a los doctores.

Ellos por suerte no me reprocharon el fracaso y hasta apreciaron mi voluntad de lograr resultados. El doctor Ruiz Munilla explicó que el negativismo de Marga expresaba una necesidad patológica de preservar la integridad psíquica que la paciente, identificada con los monstruos, sentía en peligro. Me ordenó no insistir con la inmovilización, sugirió alentar a Marga con alguna comida especial, un dulce; si el negativismo no cedía, probar con duchas heladas. El doctor Ingmann observó que no importa tanto cómo son los monstruos: lo que le interesa al Ministerio es el rumor de que Marga tuvo sexo con los monstruos.

Traté de encargarle a Lucrecia un postre. Se sorprendió. Le dije que era para la paciente del pabellón penal y se sorprendió más. Fui a la cocina y preparé yo misma arroz con leche. Le agregué canela. Cuando se lo llevé a Marga, apartó la cabeza; no tuvo la actitud de acercar la cara para olerlo, como he visto en otros ciegos.

Intenté tener paciencia pero sentía en los alienistas una preocupación creciente. Si seguía negándose a hablar tendrían que informar al Ministerio. A la tarde, me senté junto a su cama.

Ella estaba acostada de espaldas, inmóvil. Afuera hacía calor pero, bajo los techos altos del pabellón penal, el aire estaba fresco y quieto. Era inútil estar así en silencio, pensé en irme pero sentía una especie de fatiga o, raro en mí, una debilidad. Al avanzar la tarde, por las ventanas entraban rayos de sol que se proyectaban sobre la pared del fondo. Empezó a anochecer. Estábamos las dos en silencio, ella indescifrable. De pronto le pedí disculpas. No se les pide disculpas a los pacientes pero no había que descartar ningún recurso para que volviera a hablar. Ella no me contestó. Insistí, le prometí que no volvería a hacerlo. Siguió en silencio y sin mirarme. Yo sentía que ella no me miraba, me había retirado la mirada de sus cuencas. Le alcancé la cena y me fui. Esa noche, sola en la enfermería del pabellón penal me desperté llorando. Me venían recuerdos de la niñez, las barracas, mi madre. No podía fijar un motivo para la tristeza y, entonces, no había argumento que la calmara. Bajé, en la oscuridad. Pasé al sector de mujeres, crucé entre las respiraciones desesperadas, salí al patio, la noche sin estrellas, volví al pabellón penal, entré en la sala. Marga estaba despierta. Me senté a su lado. Le hablé. Le conté de mi soledad. Le hablé de los hombres. Le conté cómo entré en este trabajo, le hablé de ella, de mi oportunidad. Lloraba. Lloraba yo, con la cara entre las manos. No sé cuánto tiempo pasó hasta que sentí que ella me pasaba la mano por el pelo. Como si yo fuese una niña. Después tomó mi mano entre las suyas y la sostuvo hasta que me calmé.

6

Los monstruos habían sido escondidos por sus familias, desde su nacimiento o desde el inicio de la monstruosidad, generalmente en altillos o sótanos. Esto marca una diferencia. El monstruo en el sótano está encerrado en la oscuridad, sin acceso a nada que no sea el alimento cotidiano y el retiro de sus desechos por las manos indiferentes de una sirvienta. El del altillo, por más que las ventanas estén tapiadas, recibe la luz que llega por las inevitables hendiduras, y a menudo se las ingenia para, con sus uñas, si las tiene, agrandar alguna ranura y ver: los crepúsculos del oeste, las casas dispersas, algún otro altillo y allí quizás otro monstruo.

Sebastián Suárez sólo aceptaba a los monstruos de altillo. Las familias que tenían monstruos en el sótano insistían pero él siempre se negó, previendo que no serían capaces de participar en el espectáculo.

Al principio, las familias que entregaban el monstruo pagaban una suma anual destinada a la manutención; una vez por año, la familia constataría su buen estado de salud y cancelaría la suma correspondiente al año próximo. Pero las familias no estaban interesadas en ver al monstruo y tampoco en pagar. Sebastián Suárez hubo de admitir que el pago fuera único, ya que por entonces los monstruos se habían constituido en la principal atracción de su circo, pero nunca aceptó llevárselos gratis.

Los monstruos armaban números sencillos, basados en las prácticas del clown. Pero el principal atractivo de los monstruos era su presencia misma, y lo que más gustaba al público era el número con todos los monstruos en escena que cerraba cada representación; los demás, el malabarista, la trapecista, el tigrecito, eran motivos para alentar la espera.

El doctor Ruiz Munilla atribuye a los monstruos una función en las familias de las que proceden: el monstruo metaforiza algo que en la familia permanece oculto, inadmitido. Incluso se podría distinguir entre el monstruo de altillo, que correspondería a familias donde lo no dicho deja huellas discernibles aunque distorsionadas, y el monstruo de sótano, que da cuenta de un enterramiento más profundo, quizás irreparable, del secreto familiar. Ruiz Munilla infiere que un trabajo terapéutico con las familias, que sacara a luz lo que permanece oculto, haría factible la reintegración del monstruo.

El doctor Ingmann desprecia esa concepción: quién sabe si los monstruos de altillo metaforizan pero son reales, dice. Y los de sótano también.

Pero los dos coinciden en que la moderna concepción de los hospicios les otorgará a los monstruos, por fin, un lugar fuera del alcance de las maldiciones familiares. Los alienistas, de acuerdo con el Ministerio, admiten que los monstruos son un elemento importante en la rebelión, y el doctor Ruiz Munilla entiende que la cuestión de si Marga tuvo relaciones sexuales con los monstruos es de interés para el diagnóstico diferencial entre la sociopatía y la perversión.

En el Ministerio están preocupados por Juan Boyé: no logran capturarlo y temen que pueda vincular a las seguidoras de Marga con otros grupos desencantados o que encare alguna acción imprevisible. Les pidieron a los alienistas dar prioridad al tema en el interrogatorio de Marga. El doctor Ruiz Munilla me pidió que empiece por preguntarle cómo conoció a Juan Boyé: esto reenviará a la primera adolescencia, etapa de la vida donde suelen encontrarse las claves para entender la patología presente, y así el pedido del Ministerio se conjugará con nuestra finalidad terapéutica.

Yo pensé que Marga podría retraerse otra vez si le hacía preguntas directas y empecé por hablarle de mí. Inventé. Le dije que todo el tiempo me acuerdo de un amor adolescente. Un amor en las barracas, el primer beso. Manos de hombre sobre el cuerpo, contra el río podrido por los saladeros. No, no dije eso, le dije que él se llamaba Julián y que trabajaba en un barco, que tenía las palmas de las manos duras pero la piel de la nuca bajo el pelo era muy suave, sonreí con tristeza. Creo que Marga se dio cuenta de que yo mentía pero sintió que la miseria de mi mentira la comprometía a decir la verdad. No sé, me habló de su encuentro con Juan Boyé.

Marga tenía trece años. En Arroyo Grande, frente al circo, mientras el público esperaba para entrar, ella vendía limonada con miel. Había llovido y cuando hay barro, me explicó, el público entra por una pasarela de tablas. El puesto de limonada está al costado de la pasarela, un poco abajo: la vendedora tiene ante sí las caras y los brazos alzados de los chicos que piden, y las manos de los mayores que pagan. De pronto aparece un conejo.

Es un conejo formado por dos manos unidas en un entramado de dedos; se alza sobre las patas traseras, con su nariz móvil formada por la articulación del dedo meñique. Juan Boyé fabricó el conejo para Marga. Ella alza los ojos y sonríe, y él se enamora.

Ella no se enamoró pero sintió que él se había enamorado y eso la hizo feliz. Y ahora, al recordar el encuentro con Juan Boyé, sonríe. Ella no sonríe casi nunca. Recuerdo otra vez que sonrió, poco después de que le saqué las vendas. La sonrisa es lo más lindo de Marga. Ella no es linda, el cuerpo ancho, el pelo duro. Pero dicen que sus ojos eran maravillosos.

Juan Boyé tenía quince años y arreaba animales. Trabajaba con su padre, que le había enseñado el oficio pero que, a partir de la creciente presencia de los alambrados, se desconcertaba ante el laberinto variable que Juan, en cambio, registraba en mapas mentales sucesivos y transitaba con soltura. Las trayectorias de los arrees, un abanico con eje en la capital, se intersectaban con la del circo varias veces por año, en puntos que sólo Juan podía prever. Y, cuando eso sucedía, él iba a la función.

Marga siempre dejaba el puesto de limonada para presenciar, con ansiedad, el número del tigrecito. El domador hacía tintinear las espuelas y el tigrecito obedecía, vacilaba, a veces fallaba, vibraban las espuelas y ella solo sentía alivio cuando el tigrecito, entre aplausos desgastados, volvía a su jaula.

Sólo entonces sentía que alguien la miraba y era Juan. El público se iba y él se quedaba mientras ella barría el piso de tierra. La carpa chasqueaba con el viento, él se acercaba y le ofrecía golosinas que traía de la capital: orozuz, chocolate. Ella no aceptaba.

Juan volvía siempre. Forzaba el recorrido de los arrees, amparado ante el padre por su poder sobre el laberinto de alambrados. Otra vez iba a la función y a la salida le ofrecía su regalo, ella lo rechazaba, él aceptaba el rechazo y sonreía, ella sonreía también y él se enamoraba.

Un domingo de lluvia, el circo estaba en La Esmeralda. Venían de Cañuelas. El circo pasaba una vez al año por Cañuelas pero ella no había vuelto a ver a la madre ni al padre adoptivo. La lluvia pegaba en la carpa blanda. Durante el número del tigrecito Marga sintió la mirada de él pero, cuando buscó, Juan no estaba. Ella, sola, limpió el piso embarrado y, al salir, bajo la lluvia, estaba él. Le ofrecía una barra de chocolate y ella esta vez aceptó y salió corriendo.

Marga recuerda que el chocolate estaba envuelto en una hoja de metal finísimo, que se rompió entre sus dedos. El chocolate era oscuro, de un color como la tierra de cultivo, y al morderlo era duro y se quebraba entre los dientes. El gusto era incomparable porque eran dos gustos al mismo tiempo: uno se sentía en la parte de adelante de la lengua y era dulce, y el otro en la parte de atrás de la lengua y era amargo. Un gusto oscuro, no un gusto luminoso como por ejemplo el de la naranja, dijo y las cuencas de sus ojos se iluminaron, me pareció.

Pasaron varias semanas hasta que, una tarde en Mercedes, reapareció Juan. Traía otra vez chocolate, ella lo aceptó y no escapó y él la besó en los labios.

Los encuentros se hicieron más frecuentes, los arreos de Juan parecían pasar justo por cada pueblo al que llegaba el circo. En esos atardeceres, hablaban. Juan le contaba de la capital. Sus viajes terminaban en los mataderos y el padre de Juan, como la mayoría de los arrieros, no entraba al centro de la ciudad, pero él sí. Le gustaba el puerto, los barcos de ultramar. Él quería ser un práctico: cuando los barcos se acercan al puerto sube a bordo el práctico; él conoce los caminos, trazados en el agua, que deben seguir los barcos para no encallar. Cuando el práctico sube, el capitán le cede toda la autoridad. Marga le hablaba a Juan de un futuro de *ecuyère*, como le había contado Clarisa, por las capitales de Europa volando sobre dos caballos, aunque ella sabía que su futuro, en una forma que no podía discernir, se ligaba con los ojos del tigrecito.

Pero, ahora que se besaban, la presencia de Juan despertaba en ella una herida. Un ardor, una exposición desde la piel hacia adentro. Ella temía. No había temido al irse con el circo, no había temido a los monstruos ni a la distancia ni, antes, en Cañuelas, a la soledad. Ahora no era miedo a Juan, pero un temor que la presencia de Juan iluminaba.

Y él estaba más flaco. Sus gestos habían perdido decisión y sus manos eran menos ingeniosas. Una tarde le dijo que no tenía ya chocolates, ella dijo que no importaba pero él le confesó que había dejado los arreos: bebía de los arroyos, comía huevos de pájaros, su vida era seguir los pasos del circo para acercarse a ella, besarla.

Ella no quiso volver a verlo y él, quizá con alivio, obedeció. La besó al despedirse y prometió que un día estarían juntos.

8

Recordé que, cuando hablé con Marga por primera vez, ella dijo que el padre era adoptivo y pensé en preguntarle por su infancia. Sentí que el doctor Ruiz Munilla apreciaría mi interés. Marga dice que ella siempre supo que el padre era adoptivo aunque nunca se lo dijeron directamente. La madre la llamaba por su nombre largo, Márgara. El padre adoptivo, con una

exaltación torva que reservaba para ella, le decía Marguita. Cuando era chica ella pescaba en el arroyo de Cañuelas con sombrero de varón, era amiga de un chico que se llamaba Cosme y entre los dos habían inventado unas boleadoras chiquitas que, creían, eran buenas para cazar pájaros.

Al doctor Ruiz Munilla le encantó mi iniciativa. Dijo que probablemente había captado un punto crucial en la historia de Marga y me pidió que profundizara. Volví con ella y pregunté pero no quiso seguir hablando y alzó la cara como hace cuando sospecha. Tuve que decirle al doctor que ella no quería. Él sonrió con benevolencia, como recordando que yo no estoy capacitada para este trabajo. Me dijo que, sin presionarla, insistiera, que ella iba a hablar. Lo intenté. Marga volvió a rechazarme, el doctor esperaba y yo, entonces, inventé una historia.

Le dije al doctor Ruiz Munilla que Marga, después de insistirle sin presionar, me contó que, cuando tenía once o doce años, llegó una carta. El escribano José María Sanz la citaba por el testamento del coronel Dámaso de Torres. Después de unos días ella viajó a la capital.

¿Sola?, se sorprendió el doctor. La carta decía que fuera con la madre pero, decidí, la madre la mandó sola a la ciudad. El doctor Ruiz Munilla asintió, estaba muy interesado. La madre consiguió ropa prestada, la vistieron de señorita y la pusieron en la galera con la carta y el acta de nacimiento. En el acta figuraba el nombre de la madre ~~y~~, el del padre estaba en blanco.

Claro, claro, dijo el doctor. ¿Pero por qué la madre no fue con ella? ¿Le preguntaste? Dije que sí, le había preguntado a Marga y ella me dijo que no sabía pero que el padre, después, cuando se enteró de que la madre no había ido, la castigó. ¿A Marga? No, no, a la madre.

Era en septiembre, el viaje a la ciudad se hizo lento porque había llovido mucho y los caminos estaban embarrados. En la galera iban también dos mujeres mayores, parecidas, debían ser hermanas; Marga estaba vestida como ellas, la ropa era como una cáscara que se quisiera sacar de encima. La galera la dejó en la capital, junto al mercado del Alto del Sur.

Un mercado, no una feria. Ella sabía lo que era una feria, se hacían ferias en Cañuelas pero el mercado, aunque se parecía a una feria, no era una vez por semana, estaba siempre y los que trabajaban en el mercado tenían una actitud más confiada, menos nerviosa o con un nerviosismo alegre.

--Ella valora la estabilidad --reflexionó el doctor. Contesté que sí, se veía que sí, tal vez porque había tenido una vida incierta, quién sabe qué cosas tuvo que pasar.

Entre tanta gente Marga temió perder la carta. Ella la había leído varias veces en la galera. La mayoría de los chicos de Cañuelas no sabían leer pero ella había aprendido, en un año, con el maestro Bonifacio Palacios, que después volvió a la capital. Ella lee los rótulos en el almacén del padre adoptivo y, ahora, en la ciudad desconocida, puede leer los nombres de las calles y, por si pierde o le roban la carta, memoriza los datos. La escribanía Sanz está en la calle Cerrito, ella pregunta en el mercado cómo llegar y una mujer sentada le dice que Cerrito, sí, la continuación de San Mateo: caminá dos cuadras a la izquierda, después doblás a la derecha y son unas quince cuadras. ¿Sabés lo que es una cuadra, vos? Sí, ella sabe, Cañuelas es un pueblo grande.

La calle Cerrito, la placa de bronce junto a la puerta lustrosa, Marga tira de la campanilla. La recibe un hombre joven con corbatín de lazo, en mangas de camisa; en los brazos lleva unas cintas que sujetan las mangas. Marga presenta la carta, el empleado lee, pregunta por la madre, se extraña de que esté sola. Va a consultar con el escribano y vuelve diciendo algo como que el escribano asumirá la tutoría a los efectos del presente testimonio. Con hermosa letra, el empleado agrega una línea en el último folio y se lo presenta a Marga pero yo vacilo, no sé para qué cuento esta historia.

--...Para que firme --el doctor Ruiz Munilla me devuelve al relato y le contesto que el empleado no le dijo que firmara, le dijo que hiciera una cruz, creyó que no sabía leer, pero ella le dijo que sabía firmar y le pidió los folios anteriores. Él dijo que tenía que firmar solamente ése y ella le dijo que era para leer lo que iba a firmar. Él la miró y dijo que la madre no debía haberla dejado venir sola: cuando la madre venga a la ciudad, que se acerque a la escribanía y le explicarán; él ahora no tiene tiempo y ella por más que lea no va a entender. Ella le dice que entonces no va a firmar. Él le dice que ellos pueden poner una cruz en el lugar de su firma y ella dice que bueno, que lo hagan pero ella no va a firmar sin saber.

--La ilegitimidad de su origen se expresa como rechazo a la figura legitimadora emblemática del escribano --observó el doctor Ruiz Munilla. El doctor Ingmann permanecía en silencio.

El empleado se retira a consultar y vuelve diciendo que el escribano José María Sanz la atenderá personalmente. La hacen pasar a una oficina con armarios y un gran escritorio de una madera negra que se llama caoba. Desde el otro lado del escritorio, el escribano la mira divertido. Le dice que si quiere puede leer el documento entero y que él tratará de contestar las preguntas que ella le haga.

Marga pudo entender que el coronel Dámaso de Torres había dispuesto para ella una parte de su legado consistente en la suma de 1.000 francos suizos. El acta testamentaria especificaba que el dinero le sería transferido cuando se casara o cuando cumpliera dieciocho años, lo que sucediera antes. El acta no decía por qué se le acreditaba ese legado. ¿Por qué?, preguntó Marga y el escribano estiró la cara: su función se limitaba a hacer cumplir la voluntad expresada en el documento, ¿ella iba a firmar o no? Marga preguntó si el coronel de Torres tenía hijos. Sí, por supuesto. ¿Podría verlos? El escribano contestó que él no estaba autorizado para vincularla con los hijos del coronel de Torres, ¿ella iba a firmar? Marga dijo que sí. Pero, cuando le dieron la lapicera, sólo hizo una cruz. El escribano sonrió, interpretando que Marga se había negado primero sólo por vergüenza de no saber firmar.

Mientras el empleado la acompañaba hacia la salida, ella se sintió como una niña, como la niña que era en la ciudad desconocida. La madre no le había dado dinero, ella no sabía cómo iba a volver a Cañuelas. Sintió las lágrimas a punto de brotar pero no quería llorar allí. Y, en la puerta, el empleado se inclinó para hablarle en voz baja:

--Calle de las Artes, 246. Damián de Torres.

El frente de la casa ocupaba casi la mitad de la cuadra pero era cerrado y anónimo. Le abrió la puerta una chica que era ella misma. La misma estatura, la misma edad, los pómulos marcados. Se miraron en silencio. La otra salió corriendo hacia el interior de la casa. Marga quedó sola en la entrada hasta que apareció un joven alto que vestía traje oscuro.

--No puedo hacerte pasar --dijo Damián de Torres. La miraba de una manera equívoca pero distinta de la mirada equívoca del padre adoptivo: la mirada del padre dice que, por no ser ella su hija, él podría sin infracción hacerla suya; la mirada de Damián Torres dice que ella es su hermana, aunque no lo sea para la ley, y que reconocer ese límite es la única merced que él le otorga.

--No puedo hacerte pasar porque está mi madre --dice como si ella debiera entender, y ella entiende.

Marga volvió al mercado y se quedó toda la noche. Unos chicos compartieron con ella su comida. Había un hombre negro, unos rombos de colores, un baile. Durmió donde dormían otros chicos, en la recova del Alto del Sur, y pensó en quedarse en la ciudad. Pero a la mañana fue a la estación, dijo que no tenía dinero pero que era la hija del almacenero de Cañuelas, había llegado en la galera el día anterior y el viaje de vuelta lo pagaría su padre. La reconocieron y volvió ese mismo día.

El doctor Ingmann me preguntó si Marga cuando cumplió los dieciocho cobró la herencia. Yo dije que no, y como seguían mirándome dije que se la apropió Michel el malabarista y que él después perdió todo en la ruleta, en la capital. Ingmann entornó los párpados. Los doctores se quedaron hablando entre ellos, yo aterrada y feliz.

9

Esta mañana cuando yo estaba con Marga, sin avisar llegaron los alienistas. El doctor Ruiz Munilla me pidió que me retirara y se quedaron con ella. Temí que le preguntaran por la historia de la escribanía. Estuvieron más de veinte minutos y se fueron sin hablarme. Marga no me dijo nada y no me atreví a preguntar. Después el doctor Ruiz Munilla me llamó a la dirección. Con tono impersonal me dijo que Marga se niega todavía a hablar con los doctores y que por un tiempo tendré que seguir como intermediaria. Siempre bajo las directivas de los médicos, dijo y dije que sí, por supuesto. Respiré.

10

Después de la despedida de Juan Boyé, pasaron todavía dos años, dos recorridos de las cuatro carretas por el semicírculo de poblaciones antes de que Marga volviera a enfrentar, en la mirada del tigrecito, aquel resplandor más intenso que cualquier lámpara. Ella cumplía sus

tareas: lo lavaba, con baldes de agua y un cepillo; a veces él sumergía una pata en el balde, abría la zarpa y, al salir, brillaban gotas. Lo alimentaba con carne cruda, que él prefería cortada en pedazos chicos. Pero si la comida tardaba, el tigrecito no mostraba inquietud; parecía que pudiera morir de hambre sin alterarse, por dignidad o por indiferencia.

Fue una tarde, en la carpa, al terminar el número. Marga temía, como siempre, cuando el sonido metálico de las espuelas se apagaba en la piel del tigrecito. El número terminó sin daño y el tigrecito se iba por el túnel de rejas cuando, quizá por algo que escuchó, el grito de un niño, volvió la cabeza, su vista giró como una luz rasante y le pegó a Marga en las pupilas.

Ella misma dice que no tiene palabras para esto. Si no le hubieran quitado los ojos tal vez yo lo comprendería instantáneamente, como comprendieron las mujeres que peregrinaban para tomarle las manos. Yo creo que la mirada del tigrecito la invitaba a un espacio distinto, un espacio ámbar, y la enfrentaba con la responsabilidad de no abismarse en él.

A veces, de noche, Marga se acercaba a los barrotes. Los ojos del tigrecito brillaban a intervalos, en puntos distintos, como luciérnagas. Ella escuchaba los ritmos leves de la madera bajo los pasos. Una noche, en San Antonio, Marga abrió la jaula.

Ante la puerta abierta el tigrecito la miró, no con la mirada ámbar sino como un niño o un gatito: ella no prohibió y él, olfateando el aire, salió. En silencio superó la herradura de carretas. Marga lo seguía. No había luna pero el cielo estaba lleno de estrellas. El animal volvió a oler el aire y corrió hacia el río.

Marga lo esperó cerca de las carretas. El tigrecito volvió quizás una hora después. Marga lo acompañó a la jaula y cerró la puerta.

Desde entonces, algunas noches, después de ver el brillo de los ojos como luciérnagas y de escuchar el ritmo leve de los pasos, Marga abría la jaula. A veces él no quería salir, a veces volvía casi al amanecer. Marga, en la carreta con los monstruos, lo esperaba despierta.

Si alguien lo vio alguna vez cerca del río, habrá creído que era un puma del juncal.

Un par de veces volvió con sangre y pelos de vizcacha en el hocico.

Una noche, en San Eduardo, cuando Marga esperaba por fuera de la herradura de carretas, vio a Pascual que llegaba borracho. Al mismo tiempo, oblicuo desde el río se acercaba el tigrecito. El animal y su domador se enfrentaron. Pascual echó a reír. Volvió la espalda y se dirigió a su carreta.

Al día siguiente Pascual lo entrenó mucho más tiempo que de costumbre, y así desde entonces. Algunas noches Marga volvió a abrir la puerta pero el tigrecito ya no quiso salir.

11

Una madrugada, en Baradero, un monstruo despertó a Marga. El monstruo no hablaba y por señas le hizo saber que había visto al tigrecito afuera, temblando en el centro de la herradura de carretas. Pensó primero en avisarle al domador pero prefirió dirigirse a ella.

Marga salió. El tigrecito no estaba. Tampoco había vuelto a su jaula. Debía haber ido al río, tal vez volvería con el hocico ensangrentado. Pero Marga escuchó, lejano, un grito de mujer. No parecía venir de ninguna dirección definida, era como un eco. Tal vez una mujer en el pueblo había visto al tigrecito y se había asustado, pensó Marga, pero se acercó a la carreta de Michel y Clarisa. Trepó. El tigrecito, con el hocico ensangrentado, parecía besar el cuello de Clarisa. La sangre corría desde la yugular. Michel, desnudo, como un ser de otro mundo alzaba una vela encendida. El tigre levantó la cabeza y echó sobre Marga una mirada sin brillo.

Marga me dijo que el tigrecito no había comido la carne de Clarisa: no devoró como un animal sino que mató como un hombre, dijo Marga.

Después llegó Pascual. Tenía la cara resplandeciente y en la mano el palo de las espuelas. El tigrecito soltó el cadáver y lo siguió a la jaula.

12

El doctor Ruiz Munilla dice que el ataque del tigrecito a Clarisa puede entenderse como una especie de reproche filial: ¿por qué, si Clarisa me amaba, me entregó al domador? ¿Para qué me hizo vivir, por qué me amamantó? ¿De qué fui su instrumento? El doctor Ingmann se impacienta ante la que llama lectura antropomófica del doctor Ruiz Munilla y dice que el tigrecito simplemente dio cauce a su violencia instintiva: impedido de atacar al domador por

el terror resultante de un condicionamiento estricto, ejercitó como pudo el mandato de su especie.

Yo le pregunté a Marga quién le abrió al tigrecito la puerta de la jaula y ella se sorprendió, nunca se lo había preguntado.

El juez de Baradero anotó la muerte como "deceso inusual" y justificó por ello un arancel triple. Sebastián Suárez pagó, y enterraron a Clarisa junto al camino. Michel preguntaba en voz alta cómo él, mentalista, no había escuchado al tigrecito que venía para matar.

Al día siguiente Pascual se fue del circo; volvió con su antiguo patrón. Sebastián Suárez iba a sacrificar al tigrecito, Michel lo exigía pero Marga pidió que no. Ella se haría cargo. Argumentó que el circo, ahora sin trapealista, no podía perder otro número, insistió y Suárez terminó por aceptarlo.

Marga y el tigrecito retomaron las funciones. Al público lo atraía la muchacha sola en la jaula grande con la bestia. Ella no usaba látigo ni protección. Hacían unas pocas pruebas, cada vez más sencillas porque el tigrecito desmejoraba.

Marga dice que el tigrecito no tenía paz. Giraba en la jaula chica, casi no comía. A veces ella entraba: él se acurrucaba en un ángulo y ella en el ángulo opuesto. Se miraban. Durante horas sus miradas se enlazaban. Fue sin duda entonces cuando los ojos de Marga se encendieron.

A los pocos meses el tigrecito murió. Marga lo lloró brevemente.

13

El doctor Ruiz Munilla me dio a leer el informe reservado que acompañó la internación de Marga en el pabellón penal. Dice que, en la localidad de Unguelén, aproximadamente un mes después de la muerte del animal, mientras el circo procedía a desarmar la carpa, una mujer de unos cuarenta años se acercó, puso las manos de Marga entre las suyas y le habló. Fue la primera seguidora, después vinieron muchas, siempre con el gesto inicial de tomarle las manos. Según el informe del Ministerio, las seguidoras, por lo menos las primeras, al ver el número de Marga con el tigrecito habían sufrido una especie de efecto hipnótico.

Le pregunté a Marga qué había dicho esa mujer que le tomó las manos en Unquellén: gracias; la mujer le había agradecido. Marga se sorprendió mucho. Ellas venían a traer su gratitud. No tanto por algo que ya hubiesen recibido, sino por lo que recibían en el acto de agradecer. Buscaban sus ojos, ese gesto de Marga al bajar la vista que yo no pude ni podré conocer.

A veces venían varias juntas, eran amigas, vecinas. Quizá le contaban cosas pero no le pedían respuestas. Las seguidoras empezaron a llevar a sus hombres, maridos, novios, hermanos. Iban a ser la base de la rebelión.

Marga seguía con sus actividades en el circo; limpiaba la carpa, atendía a los monstruos. Pero ya para muchos el itinerario del circo era el camino de Marga: averiguaban cuándo, dónde iba a estar. Y se hizo costumbre pedirle que fuese a agraciarse a los bebés: sólo una mirada muy suave sobre el cuerpo, lejos de los ojos del bebé. Las seguidoras no esperaban ningún resultado concreto, no se trataba de garantizar que el niño fuese sano o afortunado. Sólo querían la gracia de esa mirada. Los curas toleraban esta práctica, que no se oponía a la del bautismo. Pero eventualmente, consigna el informe del Ministerio, un juez decidió establecer un arancel y envió a la policía, que llegó cuando estaban por presentarle el bebé a Marga. Un policía la tomó por un brazo y Marga, al volverse, lo miró a la cara. El policía cayó entre convulsiones. Los demás retrocedieron. Marga agració al bebé como estaba previsto y se retiró.

Los doctores aclaran que aquel policía era sin duda epiléptico, aunque no lo hubiese manifestado antes. La mirada fija sobre sus ojos desencadenó la crisis como pudo haberlo hecho otro estímulo.

El juez dictó orden de captura sobre Marga. Ella escapó; dejó el circo, acompañada por algunos monstruos. Otros de los monstruos se hicieron mendigos o, dice el informe, aprovecharon su monstruosidad para asustar y despojar a los viajeros. Sin los monstruos, el circo perdió sustento y Sebastián Suárez se retiró a la capital, a vivir cerca de la tumba de su mujer.

Muchas familias seguían pidiéndole a Marga que agraciara a sus bebés. A caballo, solo acompañada por unos monstruos, recorría los caminos y la llamaban desde cada vez más lejos. Otros jueces emitieron órdenes de captura y más policías sufrieron convulsiones. Se decía que

bastaba la mirada de Marga barriendo el horizonte para que los hombres cayeran a distancia. Los jueces requirieron la intervención del Ministerio. El Ministerio envió tropas, y la resistencia se constituyó en rebelión.

El informe da por conocidos los sucesos ulteriores. Puntualiza que Marga no intervino directamente en los hechos de Coronel Vidal-Cangrejales ni en ningún episodio específico de rebelión. Al mencionar la victoria de los rebeldes en Cangrejales, el informe reservado presenta una visión mucho más preocupada que la que el Ministerio hizo pública. Aprecia la acción de los rebeldes, que, dice, sólo pudo concretarse gracias al conocimiento físico y el estudio detallado de las marismas de la costa atlántica, más el transporte de toneladas de arenas de ciénaga a lo largo de dos leguas por la llanura, más la instalación, en Coronel Vidal, del sistema de irrigación que permitió mantener la vasta trampa hasta que, atraídas mediante escaramuzas y falsas derrotas, las tropas enviadas por el Ministerio creyeron elegir ese campo de batalla.

El informe no menciona cómo fue capturada Marga y se cierra con unas preguntas: ¿cómo es posible que integrantes de una población local, sin formación militar ni técnica, hayan sido capaces de planear y realizar Cangrejales? ¿Fue por influjo de la mirada de Marga? Y, si fue así, quienes hayan sido influidos, ¿quedaron en condiciones de influir con su mirada sobre otros o difundieron la rebeldía por otros medios?

En busca de respuestas, los funcionarios del Ministerio entendieron que el alienismo podría aportar una perspectiva científica y entonces, después de cegar a Marga, la enviaron al pabellón penal del hospicio.

14

En términos de la psicología de masas, los rebeldes se han constituido como una turba, obediente sólo a la sugestión y el contagio, explicó el doctor Ruiz Munilla. La mirada de Marga propició, en el orden de un efecto hipnótico, la constitución de una masa de personas que actúan como si fuesen una sola. A menudo los observadores, deslumbrados por logros colectivos como el de Cangrejales, dejan de lado esa condición de turba indiferenciada y

primitiva. Es cierto que las operaciones de los rebeldes han mostrado una sorprendente inventiva y una elaborada distribución de roles, pero cualquier grupo humano puede poner en juego esas virtudes en defensa de su territorio. Y, en el caso de los rebeldes, esa exacerbación de las facultades se puso al servicio de una voluntad que, obnubilada, se enfrentó con las fuerzas enviadas para restituir un orden que también a ellos les garantizaba la existencia, dijo el doctor.

El doctor Ingmann sostuvo que, más bien que un fenómeno hipnótico, se trata de una forma de fascinación colectiva mediante la mirada. La fascinación se inscribe en el orden del magnetismo animal, y en este caso hay que estudiarla a partir de la relación de Marga con el tigrecito. Fascinar mediante la mirada a gallinas o ratones hasta paralizarlos no requiere más que una técnica sencilla, al alcance de cualquier mesmerizador de barrio. Otra cosa son los tigres, pero un magnetizador experimentado hubiera podido fascinar a un ejemplar joven y enclenque como el tigrecito. Marga sin embargo no era capaz de hacerlo y, al revés, se presenta como habiendo sido, ella, magnetizada por la mirada del animal. Se trata de una fascinación inversa, y revela un trastorno funcional del sistema nervioso, dijo el doctor Ingmann. A posteriori, Marga actúa sobre sus seguidoras como el tigrecito actuó sobre ella. No es más que fascinación, suficiente para afectar a mentalidades precarias, y debe distinguirse de la hipnosis, que sólo entre humanos puede realizarse y que, a partir de Charcot, ha sido legitimada por la ciencia.

El doctor Ruiz Munilla movía la cabeza: negar la raíz hipnótica de estos fenómenos, reducirlos a un comportamiento animal, es desconocer sus determinantes psicológicos y sociales, dijo.

--El Ministerio admitió que lo de Marga era fascinación cuando decidió que cegarla bastaría para suprimir su poder --dijo el doctor Ingmann, y recordó que para la hipnosis no es imprescindible la mirada: se puede hipnotizar mediante un objeto oscilante o mediante la imposición de manos, que perfectamente podría practicar un ciego. La presencia misma de Marga en el hospicio se basa en la noción de que, ciega, no puede fascinar: de otro modo se correría el riesgo de que ejerciera su poder aun sobre el personal a cargo de ella.

El doctor Ruiz Munilla me miró durante unos instantes, y ratificó: lo de Marga no fue mera fascinación, sino hipnosis y, por lo tanto, es legítimo aplicar los recursos de la psicología individual para curarla, a ella, y los de la psicología social para sanar a quienes la siguieron.

--Si es así, entonces no fue suficiente con cegarla --dijo el doctor Ingmann. El doctor Ruiz Munilla vaciló y dijo que no quiso decir eso, no.

15

Me cuento a mí misma. Me cuento a mí misma lo que me pasa, como si no lo supiera. O como si no alcanzara con vivirlo. Antes yo no hacía esto. O no me daba cuenta. Recién, por ejemplo, me conté a mí misma lo que discutieron los doctores sobre la fascinación y la hipnosis, incluso que el doctor Ruiz Munilla se puso mal cuando Ingmann le dijo que, si se trataba de hipnosis, cegar a Marga no había sido suficiente. No fue como otras veces, cuando repaso lo que me dijo Marga antes de contárselo a los doctores. Recién no era para contárselo a nadie. O sí, al contármelo a mí misma se lo estaba contando a alguien, como cuando era chica y creía en Dios y le hablaba. Pero Dios ya no está aquí como antes, escuchando lo que pienso. No, no es Dios, es como si le contara a otro pero soy yo misma. ¿Esto les pasa a los demás? ¿Le pasará a Marga? No creo que le pase a ella pero me imagino que ella podría entenderlo.

Podría preguntarles a los doctores. Ellos deberían saber de estas cosas. Tal vez ellos sepan mucho pero lo que saben no es para mí.

Y esto que me estoy diciendo, ¿también es contarme a mí misma? Creo que no, que es simplemente pensar.

16

Michel Duval vino al hospicio. Su nombre es en realidad Marcelo Salvatierra y trajo una carta lacrada del Ministerio. El doctor Ruiz Munilla lo recibió junto al doctor Ingmann y me pidieron que estuviera presente, ya que la entrevista podría ser útil al tratamiento de Marga.

Yo lo había imaginado más alto y joven; es un poco calvo, con una sonrisa insistente y nerviosa. Dijo que venía con la misión de impulsar un nuevo proyecto educativo al que los alienistas, imbuidos del mismo espíritu de progreso que anima al Ministerio, no querían ser ajenos. Su misión era fomentar lo que llamó cosmovisión asintótica, es decir, el pensamiento cuya clave es reconocer la condición inconcebible de la realidad. Se basa en el concepto geométrico de asíntota, donde la matemática y por lo tanto, dijo Marcelo, el edificio mismo de la ciencia, asume dramáticamente la condición humana al presentar la urgencia de la curva que se acerca a la recta sin alcanzarla jamás. A diferencia de la telepatía, la cosmovisión asintótica podrá implantarse acá mejor que en Europa, donde las mezquinas tierras parceladas sostienen la ilusión de una realidad manipulable mientras que, acá, el hombre a caballo lanzado hacia la curva del horizonte tiene acceso a la experiencia pura del desencuentro.

Él había efectuado un aporte decisivo a la captura de Marga en tanto el Ministerio prometió ponerlo al frente de un proyecto de reforma educativa basado en la cosmovisión asintótica; también le habían ofrecido una suma de dinero, de la cual le debían la segunda cuota. Él recurría a los alienistas en la confianza de que, consustanciados con la importancia de la reforma, influyeran sobre el Ministerio para que cumpliera lo prometido.

El doctor Ingmann le preguntó de qué modo había intervenido en la captura de Marga. Marcelo contestó que, después de la disolución del circo, él vivía en la capital y desempeñaba trabajos informales. Luego de su acuerdo con el Ministerio, buscó a Juan Boyé. Le dijo que quería comunicarle a Marga algo importante, algo con relación al tigreito. Pocos días después Juan fue a buscarlo. Salieron al campo, cabalaron durante dos jornadas.

--¿Experimentó allí, frente al horizonte, la cosmovisión asintótica? --preguntó el doctor Ingmann. Marcelo pareció confundirse y dijo que sí, pero que andar a caballo lo mareaba un poco. Dijo que Juan Boyé lo condujo hasta un punto en medio de la llanura. Tangente al círculo del horizonte los rastreaba una partida del Ministerio, integrada por militares muy seleccionados, sin antecedentes familiares de epilepsia y montados en los caballos más veloces. En cuanto Marga, acompañada por unos monstruos, apareció en la lejanía, los

militares irrumpieron, derribaron a Marga con un preciso lance de boleadoras y se acercaron. Marcelo había insistido en proveerlos de espejos para que, como Perseo ante la Medusa, no miraran directamente a Marga. Lo intentaron pero se confundían y se atacaban a sí mismos hasta que uno de ellos tiró el espejo y, mirando a Marga de frente, la agarró y la maniató.

A los monstruos los mataron en el lugar. Juan Boyé, internándose en una cañada que sólo él conocía, logró escapar. Marga fue llevada al Ministerio. Marcelo no sabía que iban a arrancarle los ojos.

El doctor Ruiz Munilla le preguntó cómo se había apoderado de los francos suizos de Marga. ¿Qué francos suizos?, dijo Michel, los doctores me miraron, yo no sabía qué decir y Michel gritó que no, que no había francos suizos, que Marga era la hija de la puta del pueblo y el almacenero le había hecho un bien al adoptarla, dijo que él no iba a aceptar acusaciones, dijo que Marga le abría la jaula al tigre todas las noches, todas las noches, y que él la dejó abierta una sola vez. Una sola vez. Dijo que él amaba a Clarisa como nadie la había amado en el mundo, como nunca la quiso el otro, nunca, nunca la quiso. El tigre hubiera debido matar al domador dormido, no era para Clarisa y él no quería que pasara esto, él no quería, no quería, no quería, dijo y lloró.

La carta lacrada del Ministerio consignaba que Miguel Salvatierra padecía un delirio matemático y solicitaba su internación en el hospicio; advertía que el aislamiento se hacía imprescindible porque la patología del sujeto podría llevarlo a poner en riesgo secretos de Estado. Pero el doctor Ruiz Munilla diagnosticó que la personalidad del paciente, aunque excéntrica, no caracterizaba un cuadro psicopatológico que justificara la internación. El doctor Ingmann, en cambio, dijo que el hospicio no debía desconocer los requerimientos del Ministerio y que el doctor Ruiz Munilla se hacía responsable de un grave error.

17

Se me ocurrió proponerle a Marga escribir una especie de cuadernito que hable de su experiencia; algo que circule y perdure para que muchos puedan saber y reconocerse. El relato

de su vida o una exposición de sus ideas, como ella prefiriera. Antes, cuando veía, ella misma hubiera podido escribirlo; ahora ella podría dictarme.

Estaba a punto de decírselo cuando pensé que debía consultarlo primero con el doctor Ruiz Munilla. Le pareció una idea muy buena: dijo que la palabra escrita, mediada por mí pero implícitamente dirigida a los médicos, la ayudaría a descargar la excitación y objetivar el delirio.

Pero Marga contestó que no. Dijo que ella no necesitaba decir nada y que, si había algo que decir, ella no podía decirlo. Argumenté, dije que a muchos, en los barrios y en los pueblos, su palabra les daría un horizonte, pero insistió en negarse.

Decidí, entonces, escribirlo yo. A partir de lo que ya sabía, lo que ella me había contado y yo había entendido. No les comuniqué esto a los doctores. Sólo le dije a Ruiz Munilla que Marga se había negado y él no se sorprendió.

Lo escribí en presencia de Marga. Llevé un cuaderno, pluma y tintero y trabajé en la mesita junto a su cama. Muy despacio, como escribo yo. En las tardes, bajo el sol que entraba por las ventanas enrejadas. Ella estaba tranquila. Recostada, la almohada contra la pared, el rasguído de la pluma sobre el papel era como una música que la relajaba. Varias veces le hice preguntas o consultas, ella contestaba brevemente. Al anochecer le leía lo que había escrito y ella escuchaba en silencio. Una sola vez, la última tarde, me pidió agregar unos párrafos.

Ayer volví a leérselo entero y le propuse llamarlo "El equivalente". El tigrecito no es más que un caso particular que en cada uno ha de tener su equivalencia. Marga pensó unos momentos y dijo que sí. Nos quedamos calladas. Después ella, con la voz muy baja, me preguntó si podría llevarle el cuaderno a una persona. Le dije que sí, por supuesto. Me dio una dirección y el nombre de la seguidora. Me dijo que para que me reconociera tenía que hacer un signo que se llama de los Tres Labios y me explicó cómo hacerlo.

Fui hoy. Hacía muchos días que no salía del hospicio y la capital me pareció extraña, dispersa entre baldíos y fría, aunque hacía calor. Atardecía. Caminé. No era lejos, en la calle Matheu, pasando el baldío grande donde los domingos hacen carreras de caballos. Marga me había dicho que era una casa celeste pero la pintura estaba descolorida, me costó reconocerla. La puerta era un hueco negro. Al acercarme yo me repetía el signo de los Tres Labios. Una mujer apareció en el hueco. Era baja, desaliñada. Se desperezó. Miró distraída a su alrededor y

me vio. Fijó la vista y yo me detuve. Sentí miedo. Lo que me asustaba no era avanzar. Era volver. Sabía de pronto que iba a volver, que no iba a entregar el equivalente y eso me asustaba y más, era una angustia sin nombre. La mujer me miraba extrañada. Hubiera sido muy fácil, acercarme, hacer el signo y entregar el cuaderno. Era acompañar el pulso de la propia sangre, pero no. Di media vuelta. Me apuré, corrí, perdiendo la respiración volví al hospicio.

Después le dije a Marga que había hecho el signo de los Tres Labios y que le había entregado el cuaderno a la mujer de la calle Matheu.

18

Me quedé pensando por qué Marcelo Salvatierra traicionó a Marga, y me di cuenta de que no la traicionó: la entregó a cambio de un beneficio. Para que haya traición, debe haber con el traicionado una relación que Michel no tenía con Marga. Una relación como la de Judas con Jesús. Y a Clarisa, aunque Marcelo haya abierto la puerta del tigre, tampoco la traicionó. Me parece que la traición se refiere, antes que al amor, a la admiración. Se traiciona a quien se admira. Para traicionar realmente a alguien es preciso admirarlo hasta el dolor.

19

Juan Boyé atacó el hospicio. Vino con los monstruos, para rescatar a Marga. No creo que las seguidoras de Marga supieran, creo que Boyé y los monstruos actuaron sólo por amor a Marga, o por desesperación.

Aprovecharon el Carnaval, de madrugada: los monstruos habrán pasado desapercibidos por las calles y en el hospicio había muy poco personal. Boyé se presentó en la entrada del sector de hombres aparentando traer un monstruo para internar. Había dos guardianes: el monstruo saltó sobre uno y Juan Boyé amenazó al otro con su cuchillo. Los ataron y abrieron la puerta para que entraran los demás monstruos. Pasaron al patio del sector de hombres. Boyé convocó

a los internados. Los fueron a buscar a los pabellones, muchos se quedaron en sus camas pero algunos aceptaron reunirse en el patio.

Juan Boyé les habló. Les dijo que se fueran con ellos. Irían lejos de la ciudad, iban a ser libres, dijo. Los internados no contestaban. Boyé les dijo que la mirada de Marga los protegería. Los internados miraban al vacío, movían las piernas como quien camina en el mismo lugar. Yo los conozco. Uno de los internados tomó una piedra.

Ha de haberla mirado y sopesado, con la extrañeza de que exista un objeto así, capaz de servir ajustadamente al hombre sin haber sido diseñado para ello. Lanzó la piedra contra los monstruos.

Los monstruos retrocedieron. Tres o cuatro internados les tiraban piedras. Una enfermera del sector de hombres me contó que los monstruos se aterraron y se juntaron entre ellos como para formarse una caparazón. Uno de los guardianes aprovechó para desatarse y escapar.

Juan condujo a los monstruos a través del patio. Varios estaban golpeados o heridos. La puerta que da al sector de mujeres estaba cerrada y hubo que trepar el muro. Algunos monstruos, los que sólo reptaban, no pudieron cruzar y, de vuelta en el patio de hombres, fueron lapidados.

En el sector de mujeres, Juan y los suyos cruzaron el patio, tomaron por sorpresa a los guardianes y los redujeron como en el sector de hombres. Esta vez Boyé no intentó hablar a las internadas pero Lucrecia, que estaba sola con ellas, para entorpecer a los atacantes las sacó a todas al patio. Las internadas se arremolinaron alrededor de los monstruos, los miraban, los tocaban. Los monstruos no podían desprenderse. Finalmente, mientras Juan Boyé trataba de reagruparlos para avanzar sobre la guardia del pabellón penal, llegaron dos carros policiales. Derribaron la puerta y entraron al patio disparando sus armas. Mataron a la mayoría de los monstruos y a varias internadas, y apresaron a Juan Boyé.

Recién entonces yo me enteré del ataque. Antes, mientras trataba de dormir en la enfermería, había escuchado gritos desde el hospicio de hombres, pero eso a veces sucede. Me levanté. En la sala, Marga estaba inquieta, como olfateando el aire. Cuando salí al patio del pabellón penal, escuché desde el sector de mujeres un ruido apagado de pasos y después los tiros. Corrí a la puerta enrejada y vi, tirados en el patio de mujeres, unos cuerpos monstruosos.

Los cadáveres son monstruosos siempre. Varios policías se llevaban maniatado a un hombre con cara de niño.

Entré a ver a Marga. Me aferró. Nunca había sentido sus manos, se le ponen como garras. Y lloraba sin lágrimas, con un ruido ronco.

Supe que a los monstruos capturados los fusilaron. A Boyé lo llevaron al Ministerio y no ha vuelto a saberse de él. El doctor Ruiz Munilla felicitó a Lucrecia por haber logrado demorar a los atacantes. Ella está a un paso de ser jefa de enfermeras.

20

Hace más de un año que vi a Marga por última vez. Hoy soñé, no con ella pero con algo que olvidé y que hizo que después pensara en ella.

El ataque de Boyé había hecho presente la posibilidad de que Marga fuera rescatada. Los funcionarios del Ministerio temían que la próxima vez actuaran los rebeldes, con la peligrosidad demostrada en Cangrejales, y reforzaron la seguridad. Yo hablé con Ingmann y él, sin decirle al doctor Ruiz Munilla, avisó al Ministerio. Me citaron para ese mismo día a la tarde. Era miércoles. En cuanto llegué me hicieron pasar a un despacho angosto. Al entrar vi a Ingmann, que terminaba de decirle algo a un funcionario muy joven. El funcionario me preguntó directamente qué tenía para declarar. Yo dije que con Marga desde el principio había sentido algo que jamás me pasó con un paciente. Algo de ella me afectaba.

¿En qué se manifestaba eso?, preguntó el funcionario. Vacilé ante él y quedé en silencio. ¿En qué?, insistió y le conté cómo aquella vez, después de haberla inmovilizado, le pedí disculpas. Le conté que lloré en su presencia.

El funcionario miró a Ingmann y asintió.

¿Y después?, preguntó y yo dije que desde entonces ella, Marga, era la que dirigía el interrogatorio, la que decidía de qué hablar y cómo. ¿Yo le había comunicado esta situación al director del hospicio? Sí, por supuesto. ¿Y qué me había dicho el doctor Ruiz Munilla? Que no me preocupara; que era normal sentir cosas distintas a las que estaba acostumbrada como

enfermera porque, en psicología profunda, los sentimientos respecto de los pacientes son más complejos y matizados.

El funcionario me dijo que siguiera y le dije que Marga me pidió escribir en un cuaderno unas cosas que ella me iba a decir. Dije que estuvo dictándome durante varias tardes, hasta casi llenar el cuaderno. Dije que ella me ordenó que no les dijera nada a los médicos y que yo, sin saber por qué, la obedecí. Dije que me dijo que llevara el cuaderno a una dirección en la calle Matheu. El funcionario me preguntó qué dirección y yo le dije. Y dije que Marga me dijo que hiciera el signo de los Tres Labios y que me explicó cómo se hacía. Eso le interesó mucho al funcionario.

Después le dije que, cuando me acercaba a la calle Matheu, recordé que el doctor Ingmann había dicho que me cuidara de Marga aunque ella estuviera sin ojos. Sentí que algo se ordenaba dentro de mí, dije. De pronto entendí que el cuaderno no sólo era el delirio de una mente enferma sino también un peligro, le dije al funcionario y le dije que entonces me detuve y di la vuelta. Me sentía liviana, caminaba rápido como si me hubiesen sacado unas cadenas, dije. Cuando llegué al hospicio le conté todo al doctor Ingmann, dije y el funcionario asintió.

--¿Dónde está ese cuaderno? --preguntó. Ingmann dijo que estaba en su poder y el funcionario le dijo que debía entregarlo al Ministerio esa misma tarde. Ingmann dijo que sí, y comentó que lamentaba no haber podido confirmar si Marga tuvo sexo con los monstruos pero el funcionario dijo que no importaba y me felicitó: dijo que mi testimonio demostraba la capacidad de la detenida para ejercer la fascinación aun sin el recurso de los ojos, pero también indicaba que el personal calificado y motivado era capaz de liberarse de ese poder. Él me agradecía, en nombre del Ministerio, por mi valor y mi lealtad.

Ellos tenían alguna información sobre el signo de los Tres Labios pero no estaban seguros de que realmente existiera y menos aún podían saber cómo se hace. Me hicieron pasar a otra sala donde un dibujante registró desde distintas perspectivas el procedimiento del signo, que no es fácil. Ya anochecía cuando salí del Ministerio.

Esa misma noche se llevaron a Marga, con varios carros policiales apoyados por soldados a caballo. Yo no quise acercarme. Sentía lo absurdo, tantos hombres y caballos por una sola mujer ciega. Ella tenía diecinueve años.

El doctor Ruiz Munilla fue destituido por haber desestimado el riesgo que representaba Marga, por haber expuesto al personal del hospicio y por haber delegado en una enfermera la función profesional del contacto con la paciente. Lo reemplaza Ingmann.

¿A quién le cuento esto? A nadie, no se lo cuento a nadie, me lo cuento a mí misma. Otra vez me cuento a mí misma. Hacía mucho que no me pasaba, y no creo que vuelva a pasarme. Es inútil, nadie va a escuchar. Y mis responsabilidades como jefa de enfermeras no me dejan tiempo para esas cosas.

La piedad

1

La veo en la cubierta con su sombrerito, preciosa. En su momento de mayor desamparo, a punto de ser expulsada del barco que la protegió durante dos meses como una gran cáscara sucia. Después, años después supondré que su mirada, al saltar sobre el muelle como un pajarito que, picoteando entre piedras, constatará cada vez la ausencia de alimento, mucho después imaginaré que en su mirada brillaba y se apagaba una determinación sin palabras.

Me quedé en el muelle. Pensaba que uno de los saltos de su mirada se fijaría en mí. Ella estaba vestida con ropas grises pero, en el escote, pensé, alguien podría sentir que había algo descarado. Su mirada rebotó sobre mi cabeza como sobre todo lo demás. Nadie había venido a recibirla y tampoco los movimientos de sus ojos tenían el ansia de quien busca a un ser querido. Sin embargo miraba, con una mano sobre la baranda y la otra agarrando una valija; no llevaba guantes y --no sé cómo pude verlo-- tenía las uñas comidas.

La cubierta se vaciaba. Primero, como de costumbre, habían bajado del barco esos a los que nadie esperaba, con el apuro de no presenciar su propia soledad. Los otros, los esperados, saludaban primero desde cubierta, como desde un escenario, breve representación que dejaba lugar al rápido eclipsarse hacia la escalera para salir después, por la planchada, a los abrazos. Pero ella pertenecía a una tercera especie, que no esperaba a nadie pero esperaba; como si no esperara a una persona sino a una cosa, un objeto que no convocara otra emoción que la paciencia. La cubierta se vaciaba y yo sentí la soledad que ella no parecía experimentar.

Ya se iban los últimos cuando llegó un tipo bajo y robusto. Desde lejos alzó un brazo y chasqueó varias veces los dedos, como se llama a un animal o a un taxi. Ella tardó un poco en verlo y, sin otro gesto, levantó la valija y fue a la planchada.

El tipo dejó que ella cargara la valija hacia él. Cuando estuvieron cerca la saludó como si estuvieran lejos, llevándose la mano al ala del sombrero. Él fue adelante, ella lo seguía con la valija. Dieron la vuelta al edificio de la aduana. Yo me apuré tras ellos. El tipo le mostró un papel al guardia de la Prefectura, que los dejó pasar. Fue hasta un auto negro y ella lo siguió.

Yo, mientras se iban, como un único torpe recurso retuve el número de la chapa patente: 90.756.

2

Cuando estaba por llegar a la imprenta me di cuenta de que no había retirado las tintas. Tuve que volver al puerto, con un fastidio que me duró hasta la noche y que me devolvió a mi vida normal. Es decir: los sábados iba al cine con Anabel. Después del entierro de mi madre, yo había cerrado la casa de Castelar y no había vuelto. A veces imaginaba la casa olvidada. Era seguro que los yuyos habían invadido el jardín delantero y, por el pasillo hasta el fondo, habían crecido en el patio donde jugábamos con mi hermano y, más atrás, sin piedad, ocupaban la huerta de mi madre. Los yuyos podían nacer también entre las baldosas resquebrajadas del caminito que iba desde la puerta cancel hasta la casa. Adentro, en la sala había quedado la mesa inglesa, y los sofás raídos y, en el dormitorio, en el gran ropero oscuro la ropa de mi madre y, todavía, la de mi padre. Yo imaginaba hongos, alimentados por la humedad. Ya en vida de ellos y sobre todo cuando mamá quedó sola, había goteras, siempre reaparecían y, ahora, los hongos se alimentaban de la humedad del aire, y había dos especies. Unos hongos eran grises, largas vellosidades sobre la ropa de cama, los colchones, los libros de mi biblioteca. Otros hongos, la segunda especie, eran unas formaciones globulares, amarillentas o verdosas que descendían por las paredes en prolongados avances inteligentes y se apoderaban de las cosas. Una silla, que había quedado apoyada en la pared cuando la casa se cerró, era invadida desde el respaldo por estas formaciones: a lo largo de los meses y los años condensados en mi ensueño, las burbujas pálidas ocupaban los travesaños del respaldo de la silla, formando festones y, con el correr del tiempo en la casa, se encontraban con las plumas grises del aire y las dos especies se encimaban, se maridaban, cada una sobresalía en las deformidades de la otra.

También podían haber entrado ladrones. Al principio esto era una preocupación pero después, cuando los hongos tomaron dominio, ya ningún ladrón se hubiera atrevido a entrar.

Una mañana salí de la pensión y, en vez de ir a trabajar, fui a buscar a la chica del puerto. Caminé sin saber por dónde, como si le hubiera ordenado a otro, a una especie de chofer de mis pasos, que me llevara hacia ella. Él me llevó a la calle Junín.

Yo conocía Junín. Cuando fui por primera vez, mi padre no había muerto todavía. Primero iba con un temblor, y después con la simplicidad del hábito. Ahora, en la media mañana gris, la calle parecía otra. Las mujeres entraban y salían de los mercaditos. Una, con su bolsa de compra, se perdió en una casa con puerta cancel. Otra dio vuelta la esquina.

Quise tomar algo, una ginebra. A mí no me gustaba el alcohol o en realidad no lo entendía. Más que tomar, quería querer tomar. Entré en un almacén. El despacho de bebidas estaba desierto y el almacenero, del otro lado del tabique, atendía a las mujeres con sus bolsas de compra. En el alto estante tras el mostrador se disponían las bebidas más comunes, caña, ginebra, mariposa, además de otras botellas polvorientas. Dejé pasar el tiempo con indolencia, se estaba bien ahí, protegido del sol de la mañana. El almacenero me sirvió una mariposa y volvió al otro lado. Voces gastadas de mujer pedían medios kilos de queso, fideos, yo tomaba de a pequeños sorbos. La bebida era dulce y aburrida. Cuando terminaba la copita, entró un hombre no mucho mayor que yo y con voz alta y firme llamó al almacenero, que saludó conociéndolo. Él pidió una caña de durazno y, con gesto que no esperaba respuesta, otra para mí. “Hay que entonarse, a esta hora”, estableció. “Vengo remando desde las cinco de la mañana.” Señaló el taxi estacionado.

“¿Le gusta?” Era un Chevrolet, de los que les decían doble faetón. El sol, desde la carrocería negra, encandilaba. “Es mío”, insistió como si lo hubiera robado. “Me lo compró mi hermano”, dijo.

Volvió a llenar las copitas. “Pero el trabajo hay que saber buscarlo”, dijo. “No es cuestión de ir y venir.” El almacenero había dejado la botella en el mostrador. La etiqueta, Caña de Durazno, confería frescura frutal al sabor áspero. Él sirvió otras dos copitas. Traté de negarme, insistió y acepté, la última. Mi voz distinta, ofrendada al alcohol, me otorgaba una confianza con Faetón y reconocí en él un porte sólido y lustroso que su auto, lealmente, le confería.

Faetón sabía; aunque no supiera, él sabía y, para saber, no necesitaba saber y cuando la botella quedó vacía decidimos no pedir otra.

Entre Faetón y el almacenero me ayudaron a elegir los billetes para pagar. “Quedo en deuda”, dijo Faetón, ofreció llevarme a mi casa y yo me negué. Volver a la pensión era insoportable. Faetón tenía que pasar por el barrio de los talleres y yo no quería quedarme solo en el almacén con la resolana del mediodía. Podía acompañarlo.

Me sostuvo hasta el doble faetón. Con orgullo me invitó al asiento de adelante. El interior del auto estaba recalentado por el sol y los cromados herían la vista. Arrancamos. La suspensión era majestuosa. Sentí mareo. Faetón detuvo el auto y me propuso pasar al asiento trasero, donde podría recostarme. Así lo hice y el auto volvió a arrancar. Pero la inestable sucesión de cornisas, vista desde abajo por la ventanilla, me hacía peor. Con la cabeza sobre el asiento sentía el olor de cuero caliente del tapizado. En las madrugadas, a la salida de los dancings, Faetón debía de llevar pasajeros ebrios, vienen del baile con mujeres, la mano de ella va a la bragueta del varón y bastan unos movimientos para que el semen salte sobre el cuero, sentí una náusea y me incorporé. El auto, ahora sobre calle de tierra, se movía como un barco en mar picado. Me incorporé en el asiento. Faetón, con paciencia, frenaba, paraba el motor para interrumpir las vibraciones y, cuando me veía un poco aliviado, volvía a partir. Era un tiempo cortajeado. “Llegamos.” Me apuré a salir: libre del auto, podría vomitar. Pero Faetón se acercó, me sostuvo con un brazo por la espalda y sentí que debía contenerme. Enfrente había un rancho; la puerta era de listones de pinotea, como arrancados de otra parte. “¡Madre!”, llamó él, y sin esperar respuesta abrió la puerta. Había una cocina encendida y ante ella una mujer ancha y baja, de crenchas canosas, que no se volvió para recibirnos. “Es la madre de mi hermano”, explicó en voz baja Faetón y me llevó hasta un sofá con estampados. Él tenía que hacer unas cosas por el barrio. A la tarde temprano, cuando volviera a salir con el auto, me iba a acercar hasta el centro.

Yo la veía trabajar de espaldas; sobre las anchas nalgas le caían las tiras que ataban el delantal. De repente, vino a mí, traía un tazón de té de yuyos. Lo probé, sentí otra náusea. La mujer siguió trabajando y yo quedé en un sopor, con principios de pesadillas provocadas e interrumpidas por la náusea. Después me llegó un olor a comida, puchero, mi estómago se arqueó y sentí el reflujo en la garganta. Volvió Faetón y se sentó a la mesa. Me ofrecieron un

caldo que rechazé pero dije que me sentía mejor. Comieron. Hablaban con frases breves, con chasquidos. Mencionaban parientes. Después Faetón anunció que ya podíamos partir. Yo me levanté y anduve sin ayuda conteniendo el vómito. Afuera había demasiado sol. Faetón, con gesto magnánimo, me invitó a sentarme junto a él.

Sentí un alivio cuando del barro pasamos al empedrado y al asfalto. Le pedí a Faetón que me dejara nomás en Chacarita; a él también le convenía porque quedaba libre para levantar pasajeros. Bajé frente al cementerio. Nos dimos la mano, le agradecí. En cuanto el doble faetón se perdió de vista, apoyé la frente contra un árbol y vomité hasta sentirme bien.

4

Ella vomitó y vomita, días y días vomita y el cielo se repite en los ojos de buey hasta que, una mañana, por un acto de voluntad que ella misma no hubiera podido anticipar, vence al mareo para siempre. La realidad se contiene. Ella con sus ropas grises ha enfrentado al mar, y tal vez haya un nuevo mundo.

5

Burdel, *bordel*, *bordell*: choza. En los bordes del pueblo. Bifurcación de los caminos, Edad Media. La choza tenía un techo pero no de chapa podrida sujeta con pedazos de hormigón: era de tablas embreadas y por debajo tenía que haber un aislante para que no entrara el frío, el terrible frío medieval y ¿con qué podían hacer las putas el aislante? Trapos, sábanas rotas, restos de ropa interior. Hilachas menstruales, pañales de sus hijos. Vendas de hombres que caían heridos al burdel. Ropas de hombres que en el burdel habían muerto y cuya muerte allí debía ser disimulada. Revoltijo aislante, sostenido por un lienzo que se comba bajo el peso de la masa irredenta mientras el frío y la lluvia se meten entre las tablas embreadas. Cuando la lluvia era muy fuerte, saturados los trapos, el agua goteaba desde el centro de la comba y en el suelo, en la vertical del centro, las putas ponían un balde. Ese goteo contenía la historia del

burdel: ¿habría una bruja que lo preservara y lo destilara hasta su quintaesencia? No faltaría entre ellas porque, cuando la vejez pone límite a la profesión, el camino se bifurca entre la magia y la locura.

6

El trabajo en ventas permite libertades: por ejemplo, aquella mañana que terminé vomitando al bajar del doble faetón me había tomado la libertad de, en vez de trabajar, ir a buscar a la chica del puerto. En realidad el trabajo del vendedor no sólo permite libertades, sino que plantea rectamente la cuestión de la libertad.

Mejor que vendedor, hombre de ventas: este término, nacido como uno de esos artificios del lenguaje propios de los vendedores, resulta ser nuestra mejor designación, ya que no sólo alude a la acción de vender sino al ser del hombre que la realiza. No hay mejor escuela de vida que la venta. El vendedor aprende, y olvida que aprendió, no sólo a ocultar sus sentimientos al interlocutor, sino, en la medida en que se ha perfeccionado en su oficio, es decir, que ha pulimentado su ser, aprende a que sus propios sentimientos nazcan ya desestimados en sus alcances personales a la vez que atendidos en su valor pragmático. Aprende el vendedor, no que la verdad sea relativa, sino que las verdades son múltiples y sucesivas pero cada una de ellas, mientras rige, es absoluta: las verdades acompañan la sucesión de objetos a vender; el vendedor debe creer en la valía de cada artículo, debe habérselo vendido a sí mismo, como suele decirse, pero esta fórmula implica un desdoblamiento: tras la fortaleza de cada vendedor late la candidez del comprador. En todo caso, el vendedor no es cínico sino creyente. Puede parecer cínico porque, en otro plano de su ser, sabe que su creencia no ofrece garantía de perdurabilidad. Pero, ¿qué creencia puede ofrecer esta garantía?

No me fue fácil convertirme en hombre de ventas. No había nacido yo para esta vida. Mi timidez y una especie de ingenua rebeldía no me destinaban a triunfar. Mi pase a la condición de vendedor sólo se produjo a partir de un laborioso aprendizaje. Y esto responde --aunque sea una respuesta provisoria, mentirosa, de esas que nos gustan a los vendedores— la pregunta que he venido haciéndome desde que empecé a dictar esta memoria: ¿cómo aquél pudo

convertirse en éste? Cómo aquel que había visto a la chica con su sombrerito, preciosa, y sintió la soledad que ella parecía no sentir; cómo aquel que había cerrado la casa de hongos de sus padres; cómo aquel vendedor no domado que soñó desafiar al encargado de La Piedad, cómo aquel pudo transformarse en este que ahora soy.

La tienda La Piedad estaba en una esquina de la calle de la Piedad, a tres o cuatro cuerdas de la iglesia de la Piedad. Yo había entrado, yo entro para levantar un pedido. El encargado, que es un hombre de mandíbula saliente, habla con modales de dueño, utiliza un “Nosotros” que le entibia el alma para referirse al sujeto de la compra que está por hacer. Es que él está, como se dice, habilitado: retira un pequeño porcentaje de las ganancias. Incrementa este porcentaje mediante pequeños desvíos en la facturación, en complicidad con sus empleados, aprovechando las áreas borrosas propias del ramo, los centímetros de más o de menos que la tijera –esa tijera grande del comerciante en telas que en verdad no actúa como tal, ya que el operador no la cierra y abre, no tijeretea, sino que la mantiene en ángulo fijo, más que tijera es un par de cuchillos en cuya intimidad la tela, con docilidad asombrosa, se deja abrir-- corta. Es habilidad necesaria del encargado lograr que, en estas trapisondas, el empleado cómplice resulte más comprometido que él mismo; que el subordinado no pueda jamás denunciarlo o extorsionarlo a menos de inmolarse, no sólo en cuanto a la pérdida del empleo sino en ulteriores policiales.

El problema es la cajera, que es persona de confianza del propietario. Mujer mayor, incluso parienta del propietario, la cajera es inasequible a toda sugerencia corrupta y en realidad a toda sugerencia del encargado. Las trapisondas deben efectuarse a espaldas de esta mujer, lo cual no es fácil. Hace falta tal vez un doble juego de facturas, un servicio que la imprenta del señor Asencio está en condiciones de otorgar.

En este juego, todos –el encargado de mandíbula saliente, los empleados, la cajera, el propietario de La Piedad que designó a ambos, el señor Asencio-- tienen papeles activos menos el pequeño vendedor, todavía no hombre de ventas, que simplemente hace efectivo el previo acuerdo entre el encargado y el señor Asencio. Su inteligencia, aunque distraída, es suficiente para discernir el pacto pero carece de poder o astucia que lo habiliten para participar en los beneficios.

No hay vendedoras en La Piedad. Los vendedores son hombres, comparten las rectas tijeras. No hay vendedoras pero sí empleadas, que trabajan en una oficinita en el primer piso, fuera de contacto con el público. Mal pude haberme enterado por ellas de la historia que la chica, extranjera, tuvo con el encargado. Pude haberla construido a partir del relato de él, falaz.

A ella, él le producía repulsión. Él mismo contó que le producía repulsión. Su alarde no es haberla conquistado sino, preservando y cultivando esa repulsión, haberla doblegado: ella, en el marco de su propia repulsión, se entregó. No se termina de explicar por qué se le entregó pero hay, claro, dinero en juego, un dinero de melodrama, papeles pintados pero sin embargo eficaces, el hecho es que otros, los empleados, divulgan la historia de la muchacha que cedió. Él, mandíbula saliente, sólo agrega detalles. Él sólo narra para desnudarla, ante mí, ella, con un pudor que se acentúa en la derrota y yo respondo con una conmiseración, un casi amor en el que, sin embargo, un cuerpo extraño se hace presente desde mi propia carne, un pequeño monstruo entre las ingles, yo soy dos y uno de ellos es cómplice del hombre de mandíbula saliente.

Ella a quien jamás vi, a quien en vano intenté ver desde la calle, por las ventanas del primer piso de La Piedad, en mañanas de sol, en una tarde de lluvia, empapado, ella, según el encargado, fue despedida: él, después de que se le hubo entregado, la despidió.

¿No mentía el encargado? ¿No sería verosímil suponer que, al revés, la despidió porque ella no se había entregado, que el despido fue señal de su despecho? Sin embargo, le creí; a través del engreimiento y la falsedad del encargado, le creo. Ella, extranjera, quizá la misma que en la cubierta del barco permanecía de pie, aferrando con sus dos manos la barra de metal redondo, mirando las piedras siniestras de la dársena, haciendo el fácil cálculo triste de su futuro sin prever que un día, unas palabras en el idioma que todavía no conocía, “Se busca empleada”, un papel en la vidriera escrito con lápiz tinta por los mismos dedos curvos que una tarde se le meterían en el cuerpo, unas palabras la buscaban, la esperaban, en el idioma difícil que, pintado con grandes letras doradas en el mismo vidrio, pedía piedad. Ella, entonces, por esa fuerza de determinación que alguien, pero no cualquiera, hubiera podido adivinar en el duro instante previo a su desembarco, ella se presenta y triunfa sobre el idioma, se apoya en el reino universal de los números, la contabilidad, la lógica sin fronteras de las ganancias, se

hace un lugar. Después, con sonrisa de villano por la entrepuerta se asoma el encargado. ¿Por qué se le entregó? Yo creo en un alto desfallecimiento. Creo que ella lo aceptó, aborreciéndolo, no para evitar el despido sino previéndolo; no hubo un cálculo material, por justificado que pudiera serlo en su situación de debilidad, sino una decisión grave y absoluta, una meditada precipitación.

La infamia, más que lo sucedido, era que el encargado me lo hubiera contado. En días y en semanas sucesivas con la imaginación lo desafié, hasta le pegué, soñé que no aceptaba la humillación de la chica que para mí era ya la del sombrerito, preciosa, pero no, no debo decir que soñé, porque la rectificación mental de lo vivido no es sueño sino placer mezquino.

7

Ayer sentí vergüenza. Hacía mucho que no sentía vergüenza; es un sentimiento muy desagradable. Al contar lo que fui, ¿vuelvo a ser el que fui, el avergonzado? Las tetas de Anabel eran muy chicas. Las tetas de mi novia eran muy chicas. La cara de Anabel era larga y plana, sus manos eran grandes. Caminaba sin gracia pero tenía una atracción de animal macizo. Los hombres la miraban. Pero las tetas eran casi planas y, quizá como reacción, manifestaban una sensibilidad nunca sabré si exagerada. Sábado a la noche. En el cine, ella está sentada a mi derecha. En cuanto se apagan las luces, la beso. A ella, quizá demasiado pronto, se le acelera la respiración.

Anabel no lleva corpiño. Se lo sacó en el baño del cine. Usa siempre unos corpiños con relleno que dan tamaño a sus pechos pero, antes de entrar a la sala, se lo saca y cuando termina la película, desamparada, vuelve al baño a ponérselo. La primera vez que fuimos al cine, yo no imaginé que antes de entrar a la sala se había sacado el corpiño. Cuando empezó la película la besé por primera vez y su primer beso fue con la boca muy abierta, entonces le toqué los pechos y los encontré planos y desnudos.

8

En el almacén, a donde había empezado a ir a distintas horas, me encontraba a menudo con Faetón y nos tomábamos unas cañas de durazno. Yo estaba aprendiendo a beber. Una noche, contó que se inauguraba una casa y me invitó a acompañarlo. Me semblanteó con ironía. Quizá pensaba que yo jamás había estado en una de esas casas.

La entrada era discreta. Había un pequeño jardín descuidado con un caminito de baldosas. Unos hombres bajos autorizaban la entrada: a Faetón lo conocían, y yo venía con él. La casa sin duda había sido señorial. A la izquierda del vestíbulo se abría el antiguo salón comedor, vacío.

La fiesta era en el patio, pasando un vitral de colores. Colgadas de cables dispares, se alineaban lucecitas. A la derecha había una pared alta y severa y a la izquierda se presentaban habitaciones sucesivas; las puertas, cerradas, tenían vidrios con cortinitas.

Mujeres mayores, las damas, con vestidos largos de fiesta, platicaban con hombres altos y pálidos, de etiqueta: aristócratas. Todo a lo largo de la pared se alargaban las mesas con el *lunch*. Había langostinos en copas enormes. Despojados de sus caparazones los cuerpos agusanados se apilaban, como si la transparencia de la copa revelara el corte vertical de una fosa común. Algo había fracasado; el arte culinario había fallado en eclipsar la previa condición viviente del manjar. Sólo bocado había debido ser cada cuerpo, pero eran cadáveres. Al faltarles los ojos, estaban ciegos. Mientras yo apartaba la mirada del copón, uno de los cuerpos lívidos pareció deslizarse entre los otros.

Me alejé hacia el fondo del patio. Los músicos estaban contra la última pared, y había una mesa de billar donde se entretenían hombres y mujeres. Los hombres eran parecidos a los que custodiaban la puerta pero más altos y distendidos. Las mujeres usaban polleras cortísimas que, cuando ellas se inclinaban contra la mesa, facultaban una visión procax. La madera de la mesa de billar estaba rayada y el paño presentaba marcas circulares: había sido comprada de segunda mano o quizá venía desde otro local del mismo dueño.

La visión procax, pensé, no era voluntariamente suscitada por esas mujeres, si bien ellas no aplicaban su voluntad a impedirla. La visión procax no estaba destinada a los hombres que las acompañaban, sino a otros, y lo que mostraba era, más bien que lo mostrado, el hecho de mostrar: ellas eran esas que muestran. Este mensaje requería un espectador, y así la pollera

cortísima definía dos categorías de hombres: los que, alrededor de la mesa, disponían el mensaje, y el espectador, yo.

¿Faetón? ¿En cuál de las dos categorías estaba él? Lo busqué con la mirada. Tal vez estaba con los hombres del vestíbulo. Yo era espectador no sólo de las billaristas, sino de la múltiple reunión. Pero nada tenía yo que hacer ahí.

Se repetía el estallido apagado de los corchos del champán. Las botellas, llevadas hasta las mesas por los hombres del vestíbulo, eran destapadas por los aristócratas. Y llegó un olor de lechones asados. Los aristócratas trinchaban, con ademanes amplios, pero uno de ellos desdeñó el lechón. Se había arremangado el frac: alguien le trajo un bol y él mezcló mayonesa con salsa de tomate fría para producir una crema de color asalmonado con la que procedió a aderezar los langostinos. Viéndome, me invitó a probar. Vacilé, temía a los pequeños cadáveres pero él insistió con amable sencillez. Probé: la mayonesa suavizaba la salsa de tomate, que a su vez daba sabor a la mayonesa, y la combinación, como en un cielo, se encontraba con los langostinos. El horror que había atisbado en el copón se transformaba en esperanza. Esto ha de haberse leído en mi cara porque el aristócrata rió, junto con dos mujeres que habían presenciado mi degustación. Una de ellas, delgada, con un bronceado de amazona, habló acariciando con la voz al profesor, como lo llamó desde el primer momento. Entendí que el profesor, de familia acaudalada, pudiendo elegir una vida fácil había preferido la ciencia: recibido de médico, había eludido los halagos de la clínica para dedicarse a la investigación. Parte del dinero familiar había servido para crear un instituto en el cual él había desarrollado actividades por las que, aseguraban en el ambiente científico, un día recibiría el premio Nobel.

Yo no sabía qué decir. El profesor volvió a llenar mi pequeño plato. Con buen humor opinó que la invención de esa salsa, esa simple idea de mezclar dos salsas ya conocidas, era más importante que sus hallazgos científicos. La ciencia, por lo menos si exceptuamos sus grandes revoluciones y yo no he generado ninguna, dijo, la ciencia avanza en sucesión lógica, de modo que, a grandes rasgos, lo que un investigador no descubre lo descubrirá otro. La cocina, en cambio, no es ciencia sino arte: aun la obviedad genial de mezclar dos salsas no habría tenido lugar en la historia de la humanidad de no ser por mediación de un acto creador. Sentí una mano en el hombro. Era Faetón.

Estaba con un hombre de unos cincuenta años, que enganchaba los pulgares en el chaleco. Quería presentármelo y nos apartamos de la mesa. El hombre, que fumaba un cigarro, me medía con la mirada. Faetón le había dicho que yo era vendedor: ¿qué era lo que vendía? Cuando le dije que correteaba para una imprenta sentí vergüenza. El término corretear se me presentó en su literalidad, yo era un chico que corretea entre los grandes. El de los pulgares miró dubitativamente a Faetón, que abrió las palmas de las manos para manifestar que, pese a mi aspecto, yo tenía capacidades. Pero el hombre se desinteresaba de mí.

Faetón me hizo señas de que volvería y siguió al de los pulgares. Cuando quedé solo, la mujer que acompañaba al profesor se me acercó. Estaba en el umbral entre la edad madura y una enérgica ancianidad. “Usted me interesa”, dijo. Tenía un trabajo para mí. Me dio una tarjeta de color rosado. “Baronesa Susana von Riogsten. Negocios”. Había una dirección en la avenida Las Heras y una leyenda: “Perlas engarzadas por manos de mujer”. Con un raro gesto adolescente volvió junto al profesor. En la tarjeta reconocí la cartulina texturada, de alta calidad, que se importaba en pequeñas cantidades y yo mismo iba a retirar al puerto.

Me sentía liviano. Fui otra vez hacia el fondo. La música se disimulaba entre las conversaciones y las risas. Se trataba de una formación rara, violín y guitarra; la función de la guitarra era mayormente rítmica. El violinista era un hombre mayor, muy flaco. Yo sin darme cuenta me había acercado, era el único que atendía a la ejecución, y me pareció que su música cambiaba: dejó de ser quejumbrosa y sobradora y se hizo rotunda y oscura. Sentí un privilegio: mi presencia, las ignoradas expresiones de mi cara, los movimientos inconscientes de mi cuerpo, leídos por los artistas, alentaban esa música que, librándome del presente, me llevaba al pasado, el pasado se abría a raudales mientras el futuro permanecía opaco. En esa opacidad asomó una angustia y la música, advirtiéndolo, reflujo hacia el presente. El violín se acaudalaba sostenido por la agitación de la guitarra, yo había dejado de pensar, no pude saber cuánto tiempo había pasado cuando la música cesó.

Los ruidos de la fiesta regresaron. Yo estaba muy cerca de los músicos y cuando callaron se produjo como una desnudez. El violinista sonrió.

--Lo invito a tomar una copa --dijo.

Dejó sobre la silla el violín y el paño que usaba bajo el mentón. “Debería invitarme usted”, agregó. Avergonzado le di la razón pero él me hizo ver que todas las copas eran gratis allí,

nadie podía invitar. Ciertamente, mientras los invitados estábamos autorizados a beber todo lo que quisiéramos, los músicos podían beber en la medida en su desempeño profesional no fuese afectado, pero, ¿quién allí medía ese desempeño? El violinista tomó tres copas seguidas de champán. “Yo fui concertino”, dijo.

Había sido concertino en la Filarmónica. Pero las necesidades de familia, ya que su mujer siempre estaba enferma o creía estarlo y tenía varios hijos --uno de ellos tiene una dificultad, explicó, pero es muy cariñoso, agregó--, las necesidades lo habían llevado a agregar otros trabajos, en lugares como éste, donde la ausencia de rigor musical envicia al intérprete. Él, para preservar la ejecución del violín, primero había cambiado de instrumento, había aprendido a tocar la flauta, que en realidad era lo más adecuado para estos lugares. Pero había sido inútil. Quizás el problema era su cansancio, su hipocondría --usó esta palabra--. La Filarmónica, además de contar con un director estable, era frecuentemente dirigida por directores célebres de todo el mundo. Por eso el lugar de la autoridad debía definirse con energía, más allá de quienes lo ocuparan, y no tenían cabida circunstancias particulares como la suya. Hubo un director estable que comprendió su situación, pero el poder del director estable no iba mucho más allá de conservar la orquesta como instrumento apto para los sucesivos directores invitados: casi como un afinador de pianos, dijo el violinista.

Sin embargo, en estos lugares donde nadie escuchaba, donde su música no tenía otra función que prevenir el silencio, había momentos en los que, como había sucedido conmigo, se revelaba un público, y ese público era puro. No sólo por comparación con el que va al concierto como parte de una red de obligaciones o, quizá peor, de placeres sociales, sino aun en comparación con el público que, movido por un auténtico gusto artístico y en busca de una experiencia estética, está moldeado, afectado y resecado por las pautas y prejuicios que se prenden a la música como garrapatas, dijo el violinista y probó un pedazo de queso que pareció decepcionarlo. Se sirvió otra copa de champán que, juzgó, no era suficientemente seco y, desentendiéndose de mí, llamó al guitarrista para volver a tocar.

La conversación con el violinista me había hecho sentir menos ajeno, al dejarme ver que mi ajenez no era única. Vi que, ante la vieja mesa de billar, una mujer tomaba el taco de otro modo: era una billarista. La mujer se movía alrededor de la mesa. A diferencia de aquellas

otras, nada procaz mostraba. Pero las ancas eran poderosas. Su cara era despierta y atenta. Me sostuvo la mirada unos segundos.

Vacilé. Quería conocer a esa mujer. Yo no sabía jugar al billar, y me pregunté si los códigos del lugar me permitirían acercarme. Decidí preguntarle a Faetón. Lo encontré en el vestíbulo, con unos recién llegados. Cuando le presenté mi inquietud, rió: era muy fácil conocer a una mujer de ese lugar, podía volver cualquier día o incluso esa misma noche al terminar la fiesta. No me recomendaba acercarme al billar, si no sabía jugar y quizás aunque supiera.

Necesité irme. Saludé a Faetón, que quedó sorprendido. Por Junín, las luces rojas me salían al paso y busqué otra calle. En el bolsillo, la textura de la tarjeta de la baronesa me daba aliento.

9

Vi a la chica del puerto, o a una chica que podía haber sido ella, frente a la vidriera de una zapatería. Estaban ensanchando la calle y a mí me hacía mal ir allí. Había casas partidas por la mitad, habitadas, se les veía lo de adentro. Puertas, muebles, chicos como hormigas perdidas por las escaleras. Yo a veces no podía evitar la calle lastimada y entonces, una mañana, la vi. La zapatería estaba en uno de los locales surgidos del ensanche. Tenía zapatos de hombre en una vidriera y de mujer en la otra. Yo no necesitaba zapatos. El señor Asencio me había regalado varios pares que habían sido del hijo. Ella parecía inquieta y miraba la vidriera de los zapatos de hombre. ¿Por qué, para quién miraba zapatos de hombre? Sus propios zapatos tenían una precariedad. Como si los tacos altos estuviesen a punto de venirse abajo.

Disculpe, ¿usted no estaba en el barco que llegó al puerto el 23 de septiembre? Usted tenía un sombrero con un pequeño velo recogido muy dulce que no alcanzaba a taparle los ojos, como si le acariciara la frente.

Si yo le hubiera dicho eso, entonces ella me habría mirado y yo habría conocido su forma de hablar, reteniendo las palabras para después dejarlas ir como dispuesta a recuperarlas, a volverlas otra vez para adentro si ellas no encontraran afuera lugar donde estar.

10

“Por su manera de mirar el vaso con los langostinos”, había contestado la baronesa con un gestito, en su departamento en un quinto piso junto al Botánico, su despacho al que la mucama me había conducido entre blandas reconvenciones, puertas vidriera con cristales biselados quebrando la luz, el alto teléfono de madera y bronce y la baronesa ante su escritorio angosto, de patas torneadas como las de un animal fino y alerta. La baronesa quería ofrecer a los clientes de la casa nueva un espectáculo. Ella me proporcionaría las actrices y actores. El espectáculo iba a ser acorde con la naturaleza del lugar. Ella me iba a pagar según los resultados, es decir, según el éxito del espectáculo. Y no hacía falta que yo dejara el trabajo en la imprenta.

¿Por qué yo?

Y entonces me dijo que por mi manera de mirar el vaso con los langostinos. Acepté ir al día siguiente a las seis de la tarde a Junín para el primer ensayo.

11

Desde la mañana sentí una generalizada irrealidad. Por la celosía desencajada de mi pieza en la pensión brillaba el zinc de los techos del interior de la manzana, miserable bajo el sol. Después en la imprenta, el señor Asencio me miró:

--Usted está demacrado --decidió--. Quédese.-- Como siempre, o más que otras veces, en los ojos del señor Asencio había un titilar del iris, un enloquecer contenido. Él me ofrecía sus tisanas, me adulaba. Esperé, con crueldad, que otra vez confundiera mi nombre con el del hijo muerto, pero no. Fui confinado entre la mustia Raquel y la estufa de querosén que permanecía encendida hasta bien entrado el verano. Por la ventana, el reverbero en los techos de zinc replicaba el de la pensión. Durante la jornada insistieron los tristes dones, el té en vaso de

vidrio, los bizcochos. A las cinco en punto acepté que no me sentía bien, era mejor que me fuera y a las seis menos cinco estaba en Junín.

Pero antes de llegar a la casa nueva me detuve. Doblé por Lavalle. Por primera vez en mi vida sentí que debía hacerme esperar.

Caminé por Lavalle. Instalaban negocios nuevos, altos locales con pilas de rollos de género. El futuro, las ventas. El trabajo en la casa nueva no ha sido más que un deleite de juventud.

Llegué a la casa nueva a las seis y media y el hombre bajo me hizo pasar al antiguo comedor. Habían dispuesto sillas en hileras. Contra la pared más alejada había una tarima con una silla y una victrola. En la primera fila esperaba una mujer que al verme puso en su cara una sonrisa. Subió a la tarima. “Quiere ver cómo lo hago”, dijo con voz ronca y empezó a desnudarse. Le dije que esperara, fui a la victrola y puse la púa en el disco, un foxtrot.

Ella al quitarse la ropa miraba un punto situado atrás y por encima del pequeño mar de sillas. Se sentó para sacarse las medias. Otra vez de pie, de espaldas al espectador apoyaba las manos en el respaldo de la silla. Después, unos movimientos mecánicos de la pelvis. Era una desnudez sin deseo, conyugal. Pero de esa desnudez querían huir los espectadores, los maridos.

Ella volvió a vestirse, me miró y, cuando le hablé, sentí que mi voz era otra.

--Disculpe pero así no puede ser.

Me miró asombrada. Sólo después entendí que la causa del asombro era que yo no la tuteara.

--Hágalo de nuevo, por favor.

Airada, moviendo las nalgas volvió al escenario. Ella creía que yo le hacía repetir el acto por ponerla al servicio de un placer personal. Desafiante volvió a hacer su número y, al inclinarse, esta vez hubo un punto trémulo, un pudor.

Anabel vaciló un instante antes de aceptar, y dijo que sí. Hubo una expectación, un tiempo hasta que el mozo trajo la bandeja de masitas: algunas eran de crema, coronadas con frutillas, otras con cerezas rojas en almíbar o falsas frutas construidas con artificios de repostería. Otras, empapadas en licor, venían protegidas por un botecito de papel con muchos pliegues. Están ricas, me agradeció Anabel. Muy ricas, y contó que una de sus primas aprendía repostería con un maestro japonés. Los domingos la prima presentaba a la familia los resultados, que eran sosos o desagradables. Extrañaban en silencio las facturas de dulce de leche de la panadería. La prima quería hacer repostería para agradar a otros, mientras que ella, Anabel, prefería probar lo que otros habían preparado, dijo y se llevó a la boca un caracol de chantilly. Su servilleta estaba rosada de lápiz labial y crema. Con su sonrisa ácida se excusó para ir al baño.

¿Pagaste?, dijo al volver. Llamé al mozo. Ella miró ávida el fruto de la desnudez de otras mujeres.

13

La baronesa contrata el doble faetón para dirigirse a los ranchos de Barrancas, balneario pobre: allí las chicas se juntan, se ofrecen y la baronesa las divide en grupos: las que van para servidumbre y las que van para espectáculo, mis actrices. Las restantes quisieran ir para las piezas de la casa nueva pero de esa selección se encarga un hombre.

14

Faetón me felicitó por mi éxito en la dirección de los espectáculos de la casa nueva. Ya la baronesa, con el orgullo de quien ha sabido elegir, me había contado que la cantidad de clientes aumentaba, yo mismo lo veía. Las funciones eran aproximadamente cada hora, entre las seis de la tarde y las dos de la madrugada. No se proponían ser más que un estímulo adicional para los clientes de la casa-nueva, pero algunos empezaron a venir sólo a presenciar el espectáculo. Los encargados desconfiaban de esa nueva concurrencia pero la baronesa lo admitió. Las actrices --sólo yo las designaba así y sólo cuando me dirigía a ellas-- no tenían permitido alternar con los espectadores, que para eso contaban con las mujeres de las piezas. Pero no faltaba el que esperaba a alguna en la salida, incluso con ramo de rosas.

Había que admitir, admitió Faetón, que Isonde, el hombre de los pulgares en el chaleco, se había equivocado totalmente al desestimarme. En cambio él, Faetón, había facilitado mi éxito al introducirme en la casa nueva y me pidió un favor: redactar en su nombre una carta a la hermana, que, a diferencia de su otro hermano, permanecía en Tucumán.

“Querida Leonor:

"Sé que el propósito de esta carta es difícil: ¿cómo convencerte de que no vengas, si yo he venido? ¿Cómo ayudarte a que te quedes allí, si yo estoy acá? Se me ocurren tonterías: belleza de los naranjos en las calles, las mandarinas. Palabras cítricas. Tenés derecho a preguntar por qué quiero que no vengas. Quizá caigo en una suficiencia de hermano mayor. Pero vos sos mujer, para una mujer los castigos son terribles y esta ciudad es áspera y extraña. Aun esta

carta es ajena a nosotros. La escribe un amigo, tal vez ni siquiera un amigo. Él aspira a un futuro y esta carta es un peldaño en sus oblicuas escaleras. No hay piedad en la ciudad.

"No veo por qué te importa cómo compré el doble faetón. Esta es una ciudad con amplias perspectivas de progreso. Trabajé y lo compré y si no hubiera sido así, si lo hubiera obtenido mediante la extorsión y el cálculo, ¿qué te importa a vos? Yo pregunto, ¿por qué querés venir? ¿No estás bien allá? Me dicen que tenés un juez a tu disposición, es decir, que él te tiene a su disposición.

"Yo quisiera, todavía, volver a aquellas tardes del final de mi niñez. Yo creía que, como hermanos, tendríamos el mismo olor. Vos eras grande, concreta, yo te amaba. Todo podía haber sido. No hay fraternidad con vos. Fraternidad es cosa de hombres, y si se quebró con nuestro hermano fue sólo por él, por su propia abyección. Mejor no intentes entender mis actos. Y no vengas."

A Faetón le gustó el final y, sobre todo, que el estilo de la carta le fuera totalmente ajeno. Juzgó que esto la haría más convincente.

15

De vez en cuando me encontraba con el violinista en el mostrador del almacén. Me había acostumbrado a ir a la salida de los ensayos. El violinista bebía mucho y, con una especie de severidad, no me permitía irme antes que él. Esa noche llegué de mal humor. El momento apreciable de mi trabajo en la casa nueva era cuando la mujer, en su modesta danza, era arrebatada por la música, capturada por sus propios movimientos se iba de sí misma y del espectador. Pero la mayor parte del tiempo mi trabajo se perdía en rutinas y tensiones. El violinista me tomó por el brazo y, agarrando la botella de caña de durazno, me llevó a una mesa. La mano que me apretaba el brazo le temblaba. Habló con voz ronca. Uno de sus viejos compañeros de la Filarmónica, también violinista, había ido a avisarle que estaba vacante su antiguo puesto de concertino.

Era por ahora una suplencia pero el concertino titular, becado en Europa, seguramente no iba a volver. Al día siguiente iba a ser la audición para seleccionar al nuevo concertino, ante

un jurado en el que participarían funcionarios municipales y un representante del Conservatorio Nacional. A él lo conocían, por supuesto, y al director le gustaría recuperarlo.

Se sirvió otra copita. Hizo con sus dos manos el gesto de tomar un violín y señaló con la cabeza la mano empuñando el arco imaginario, para que yo viera que temblaba.

--Pero lo importante no es que tiemble ahora: tiene que temblar mañana en la audición.
--Me miró hasta estar seguro de que yo entendía: él no quería que lo eligieran.

Siguió bebiendo. Su exhibición me molestaba. Lo más seguro, dijo, sería tomarse unas cañas mañana en ayunas, pero él no se tenía confianza, tal vez mañana se le acercara el hijo o tal vez vacilara ante el olor de la caña en ayunas. Entonces llegaría sobrio a la audición, tocaría y lo aplaudirían, su mismo desinterés por el puesto lo haría tocar mejor; cierto que el representante del conservatorio querría imponer a alguno de sus graduados brillantes, jóvenes, vidas blancas, pero el director de la orquesta y los funcionarios municipales votarían por él y otra vez el violinista iba a caer en ese puesto que ya le era ajeno. Por eso mejor ser precavido y tomar desde ahora.

Con una media sonrisa me sirvió caña.

--Pero usted --alzó un súbito rencor de borracho-- podría hacer algo. Usted podría ayudarme.

Dijo que yo podría ser para él una especie de hijo crecido que, cuando alzara la copa, le detuviera el brazo.

Me miró con una media sonrisa y volvió a servirse. Tomó la copita y, muy despacio, la alzó hacia su boca. Yo, entonces, le detuve el brazo.

Se soltó de un sacudón. Me miró con odio y siguió bebiendo.

--Me contaron que usted usa los zapatos de un muerto --dijo, y se derrumbó sobre la mesa.

16

El violinista me había contado que ella estaba lanzada a una carrera profesional. Antes del billar, Estela había trabajado en dos o tres casas de Junín. Primero tuvo un marido, que murió misteriosamente, y después se administró sola. Pero siempre, cuando no había cliente, se

detenía a mirar a los jugadores en las mesas remendadas: cómo deslizaban el taco grasiento, cómo disponían el cuerpo. Alguna vez, como a otras mujeres, la pusieron a jugar por burla y manoseo, pero ella, con el taco en sus manos, obtuvo el dominio.

Empezó a ir a Los 36 Billares a las seis de la mañana, cuando terminaba su turno en Junín. A esa hora las mesas estaban desiertas. Ella por discreción o vergüenza prefería las del subsuelo y el encargado le prendía una luz. Jugaba contra sí misma. No tenía de quién aprender y, sola, redescubrió técnicas centenarias. Y entendió cómo compensar los defectos de las mesas viejas, de los tacos chuecos. Practicaba hasta las dos de la tarde y descansaba un par de horas, en su pieza de la avenida Entre Ríos, antes de ir a Junín. Después de varios meses, una tarde emergió del subsuelo y desafió a los billaristas. La tomaron a risa pero el encargado, que la había visto jugar en el subsuelo, la avaló con un gesto. Esa vez perdió, pero supo que llegaría. Y los adversarios la respetaron. Al día siguiente ya no fue a Junín.

Cada cosa que aprendía era para siempre. Cada vez que hubo vencido a un adversario, ya nunca más perdió con él. El encargado le sugirió tomar alumnos. Ella primero aceptó pero se le presentó la paradoja del maestro autodidacta: si el alumno era en verdad talentoso, ¿por qué no había aprendido por sí mismo? Y, si no tenía talento, ¿para qué le serviría un maestro? Estela descartó la enseñanza pero vivía del billar, con apuestas y exhibiciones. Ella misma no se daba cuenta de que, al reaprenderlo todo sola, había inventado mucho, y grandes billaristas venían a jugar con ella sólo para mejorar. También era cierto que, sin acceso a la tradición del billar, su juego padecía, contrarrestadas por su genialidad, limitaciones insalvables: aun suponiendo que siendo mujer la hubieran dejado participar en los torneos, tal vez no hubiera podido ser campeona. Ella se limitaba a contribuir a la gran corriente del billar, sin recibir.

Cuando decidí hablarle, ella pasaba casi todo el tiempo en Los 36. A mí no me interesaba el billar. La fui a ver una madrugada. Cometí el error de decirle que la había visto en la inauguración de la casa nueva y me miró suspicaz. Le aclaré que el violinista, que era un gran artista, me había hablado de ella, de su vida: yo la admiraba, y quería consultarla por un problema personal.

Me miró sin sorpresa, quizá no era la primera vez que recibía un pedido así.

--Espere --dijo.

Esperé a que ella terminara su práctica y salimos en silencio. La acompañé hasta su piecita en Entre Ríos. Ella prendió el calentador, puso la pava. Una luminosidad débil llegaba desde el hueco de aire y luz. Le hablé de la chica del puerto.

Hablé por un largo rato y terminé diciendo: "Ya no la busco más". La billarista me miró con impaciencia. No supe qué agregar y ella me dijo que disculpara pero tenía que descansar.

17

Miré el vitral en el vestíbulo de la casa de Anabel. Cada vez me preguntaba cómo esa familia había sido capaz de elegir un vitral tan hermoso. Ámbar, rojo, azul, se encendía en la tarde de domingo. El padre de Anabel sostenía haber contratado a un maestro italiano pero yo suponía que el vitral había quedado de un dueño anterior. El vitral brillaba en la tarde de domingo pero la visita que recuerdo fue una cena, seguramente viernes, era de noche y no podía haber luz.

Me había recibido la hermana de Anabel. Siempre parecía alegre. Para saludar levantaba una mano y la movía a ambos lados en un gesto casi infantil, entonces el pelo le caía sobre los ojos y ella se lo arreglaba inconscientemente con la otra mano. Con burla cálida me dijo que esperara en el vestíbulo, ella iba a avisarle a Anabel. Me senté frente al vitral ensombrecido y esperé. Anabel al llegar me miró como siempre, como si algo en mi cara la sorprendiera. Casi al mismo tiempo llegó el padre. Entornaba los ojos para mirar. "Bienvenido el joven", dijo con falsa cordialidad y pasamos al comedor.

Mis visitas planteaban la incomodidad de agregar una quinta persona en su mesa para cuatro: entonces, el padre y yo nos desempeñábamos en las cabeceras; Anabel, desplazada de la cabecera, junto a su hermana, y la madre sola.

--¿Qué novedades trae del centro? --preguntó el padre como si yo llegara desde una provincia lejana.

Dije que bien, que ahora salía poco, casi no hacía cobranzas y estaba más en la oficina.

--Anabel me dijo que usted tiene un nuevo trabajo de noche --me miró con uno de sus repentinos amaneramientos.

Yo no sabía qué le había dicho Anabel. Ella me tomó la mano.

--Guillermo vende unos cosméticos exquisitos, en los teatros, a las primeras actrices --miró a su familia.

--Pero nunca nos trae --rió la hermana--. ¿No tiene muestras gratis, ni siquiera?

--Son para otra clase de mujeres --se adelantó Anabel.

--¿Qué clase?

--Otras mujeres --intervino el padre--. Otras, las que usan esos cosméticos. --Me miró con admiración--. Después me acompaña al bar y me va a contar --dijo.

--¿También sombra para párpados? --insistió la hermana.

--Sí. Sombra --le contesté y la miré hasta que bajó los ojos.

--¿Saben de la Exposición Internacional de París? --La madre, intempestiva y chillona.

No había ninguna exposición internacional en curso en París, pero dimos por aceptado el tema.

--*La Grande Roue* --dijo; masticaba las palabras, trataba de pronunciar el francés. Ella había visto la foto en una revista. La rueda enorme, *cent mètres*, la Vuelta al Mundo, sin parque de diversiones que la rodeara, en un descampado.

¿Como si estuviera en Ciudadela, mamá?, preguntó la hermana.

Sí, aceptó la madre: un horizonte sucio, unas basuras, había basuras, una no hubiera pensado que París podía ser un basural.

La madre se levantó y se puso a buscar la revista en el aparador. De espaldas, alzando un brazo, con el vestido demasiado grande corrido sobre los hombros. Anabel y el padre la miraban con vergüenza; yo sentía por ella una vaga solidaridad.

En la foto de la revista, los ejes de la Gran Rueda se sustentaban en poderosos triángulos metálicos. En la circunferencia, a intervalos regulares había unas formas negras y unos puntitos y en el ápice, a cien metros de altura, esos puntitos, que eran personas, podían ver todo París.

La experiencia, pensé. Los puntitos en el blanco enfermo de la foto habían sido para esa mujer el signo de que era posible, aunque no lo fuese para ella, una experiencia.

Anabel, como siempre que una conversación con la madre se prolongaba más que unos instantes, apartaba la vista y apretaba los labios. Ella no iba a ser como ella. Estaba dispuesta a

todo con tal de no ser como la madre. Cuando yo la veía así, un temor magnético me inundaba.

18

Una tarde cuando llegué a Junín me dijeron que había una señora esperándome. No me sorprendió: venían madres a pedirme que contratara a sus hijas; las caras obsequiosas, los ojos húmedos, buscando remediarse ellas mismas en el cuerpo de la hija. Pero esta vez no era una de esas madres. Era la mujer cetrina y redonda que Faetón me había presentado como la madre de su hermano. Parecía más fofa que aquella mujer vigorosa en la cocina. Aferraba su bolsito con las dos manos, sin mirar a su alrededor, pero esa timidez era fingida.

"Faetón es mi hijo", dijo ahora la mujer. Explicó que él decía, y la obligaba a decir, que era la madre del hermano pero en realidad era la madre de él, no del hermano. Ella amaba a Faetón y lo servía en todo lo que podía. "Pero usted sabe lo que él viene haciéndole al hermano."

No, contesté, irritado por los parentescos confusos; yo no lo sabía. Pero recordé que Faetón, cuando me dio los datos para la carta a la hermana, me dijo que había conseguido su auto gracias a la extorsión. Yo no lo había tomado en serio: uno supone que el extorsionador jamás dice que extorsiona, no importa la confianza que tenga con su interlocutor, porque no se lo dice a sí mismo. Él se dice --si alguna vez hablara de esto consigo mismo-- que el culpable es el otro, el extorsionado. El extorsionado tiene con la sociedad una deuda impaga que, por lo tanto, el extorsionador tiene derecho a hacer valer. El extorsionado debe pagar, en realidad, por la degradación moral a la que él somete al extorsionador al hacerlo su cómplice en el silencio.

Le dije a la mujer que no estaba dispuesto a ponerme contra Faetón. Ella adelantó las manos como para defenderse y empezó a dar explicaciones. Pero yo me sentía duro y celoso como un dios tribal. Había esperado una madre que, al entregar a su hija, viniera a entregarse, y ésta en cambio me traía el recuerdo de mi náusea. ¿Qué quería de mí?

--Que ponga un freno, señor. --La invocación era absurda. ¿Por qué yo?

--Usted le escribió la carta que él le mandó a la hermana.

¿Cómo sabía que yo había escrito esa carta? Sólo podía habérselo dicho Faetón. Y la hermana, ¿era hija de ella? Esos parentescos blandos eran como un abrazo de serpiente. Ella sonrió.

--Faetón no me oculta nada. Aunque me desprecie. Aunque se niegue a saber que es un sorete cagado de mi culo.

Me horroricé. Me sentí mal. Volví a verme en el rancho de puerta de listones, sentí el olor a comida, puchero, mi estómago se arqueó.

Esa familia estaba condenada. Y la mujer no se iba. Ya sin palabras, restaba la tozudez de su presencia. Pero se abrió la puerta y entró, bendita, una de mis actrices. Debió ver algo raro en la escena, debió verme amenazado, vino en mi ayuda y pegó su cuerpo contra el mío. Se meció contra mí hasta que la madre se apartó.

19

“Quiero ir a la feria de los pájaros.” Si la chica del puerto hubiera estado conmigo, habríamos despertado juntos en mi pieza en la pensión, el domingo, y en la ventana el cielo es tan luminoso y ella me dice que quiere ir a la feria de los pájaros y busca su sombrero para ponérselo con ese gesto de ella. Compraremos unas galletitas dulces para comer en el tranvía.

Está muy entusiasmada, la carita feliz mientras el tranvía en la mañana va por la calle sin árboles, dobla después a la izquierda y, cuando termina de pasar frente a la recova de la estación, ella se ha ensombrecido. Yo sé que, si le pregunto qué le pasa, se va a retraer más. El tranvía va recto hacia el sur. La recordaré a mi lado, mirando por la ventanilla, su mano floja entre las mías, y pensaré que ella, no es que quisiera alejarse de mí sino que estaba en otro lugar, en otro tiempo al que yo nunca tendría acceso. Tal vez ella simplemente no me había querido. El tranvía, ya en Barracas, dobla.

“Vamos.” Ella ha dicho vamos pero si falta mucho para la feria de los pájaros. No importa, bajamos en la esquina y ella retrocede una cuadra. La calle está desierta, flanqueada por galpones inmensos, madereras. Ella va, yo la sigo, cruza unas vías. Sigue hacia el sur y yo

siento un espanto. Al andar el cuerpo se le hace más destacado, los pasos más amplios, ella es otra. Un zanjón de agua sucia, la calle se corta, unas chapas caídas. Ella se vuelve y me mira con una felicidad airada.

Nunca llegamos a la feria de los pájaros.

20

Empecé a pensar que no debía haberme negado a escuchar a la madre o falsa madre de Faetón. Tendía a suponer que era una falsa madre, era sólo la madre del hermano extorsionado y sólo se proponía poner fin a la extorsión que sufría su hijo. Yo hubiera podido advertirle a Faetón que la madre de su hermano estaba actuando contra él, pero nada me llamaba a hacerlo. Y de pronto quise ayudar al hermano extorsionado. Y a esa madre que quizá Faetón negaba como tal. Cierto que aquella vez en la cocina parecían llevarse bien. Tal vez estaban de acuerdo, tal vez la visita de la madre había sido bajo conocimiento de él y ambos se proponían aprovecharse de mí de algún modo que yo desconocía. En todo caso, decidí buscar a la madre.

Pero no sabía cómo llegar. Aquella visita, tirado en el asiento del doble faetón, no me había hecho conocer el camino. Para acercarme tomé el tranvía hasta Chacarita, donde Faetón me había dejado aquella vez. En la entrada del cementerio había un frontispicio triangular con una mujer alada. Yo no había vuelto al cementerio después del entierro de mis padres. Caminé del lado de afuera por la vereda muy larga junto al paredón. Por encima del paredón se veían las copas de unos álamos. La vereda doblaba y volvía a doblar formando una poligonal. El paredón se convertía en un muro de unos diez metros de altura perteneciente a una construcción larga y angosta donde, yo sabía, están los nichos. Llegaba y se iba un olor turbio. Tras los portales enrejados, las calles internas del cementerio se abrían en racimo. Del otro lado, cruzando la avenida estaban las vías del tren, y más allá salía una callecita en diagonal.

--El barrio de los talleres mecánicos está para allá --la que habló, sin que yo hubiese preguntado, era una nena de unos diez años que, con una seriedad aplicada, jugaba a patear una pelota contra la pared. Señaló el final de la callecita.

Le di las gracias. En el fondo de la calle divisé un brillo negro y eran los autos, dobles faetones bajo el sol. Sobre el barro los mecánicos habían puesto chapas, tablas, puertas en desuso. Un olor de metales lubricados vencía al olor de la miseria. En los talleres había unas formas negras. Mecánicos. Con overoles azules, negros de grasa. De distintas edades, incluso niños. Eran demasiados con relación a la cantidad de autos, hormigas sobre escarabajos.

--Disculpe, ¿conoce a la madre de Faetón?

El mecánico desde el fondo del taller se limpiaba las manos con un pedazo de estopa. Acercándose, me miró sin confianza.

--¿De parte...?

No había pensado que me preguntarían mi nombre.

--Ella vino a verme.

No era suficiente.

--Vino a verme pero no me dejó su dirección y yo...

--¿De parte?

Le dije mi nombre. Asintió mirando al suelo y dijo que no la conocía. Entonces, ¿para qué me había preguntado el nombre?, quise decirle pero acepté. ¿Conocía alguien que me pudiera informar?, pregunté y, para mi sorpresa, asintió.

--Tiene que ir hasta el final de esta calle, doblar a la derecha y preguntar por una señora Ramira --dijo--. Je, je, qué nombre --sonrió con tosca complicidad.

La calle terminaba en un alambrado tras el cual pastaban vacas. A la derecha había unas casas.

--¡Señor!

Me volví. Era una chica de unos veinte años. Vestía una pollera de entrecasa que le daba una sensualidad matinal.

--Usted buscaba a la madre de Faetón --dijo—. Es decir, a la madre del hermano --se corrigió. Asentí sin pensar.

--Venga --dijo--. Por favor. Ella está de visita en lo de la comadre.

La seguí. Se llevaba la mano al pelo, desordenado por el viento.

--La madre lo espera --dijo. En el umbral había unos chicos que parecían distraídos en un juego con las manos. Pasamos al patio. En la tercera puerta ella se volvió con una desenvoltura que hizo ondear su pollera. “Es aquí.”

Pasé a una habitación larga y sombría. Había unos muebles con carpetas de macramé y, sobre la mesa, un florero con flores artificiales. En las paredes unos cuadros indiscernibles. En el fondo de la habitación había dos siluetas sentadas y una de ellas me llamó con el dedo índice. Era él: Faetón.

Por un instante me pregunté si él y la madre no serían la misma persona, disfraces, pero enseguida recordé que los había visto juntos aquella mañana de la náusea. Junto a Faetón estaba el hombre que él me había presentado en la inauguración de la casa chorizo, ahora sin los pulgares en el chaleco. No me ofrecieron asiento. Me temblaban las piernas. Pero yo no había hecho nada que traicionara a Faetón. Su madre, o la madre del hermano, había ido a buscarme.

--Yo soy mi propia madre --dijo Faetón.

El de los pulgares me miraba pensativo. Habló con alegría.

--Estos tipos son peligrosos.

--¿Qué tipos? --preguntó Faetón.

--Los tipos como él: los que quieren bajar para subir.

Faetón apartó la vista en silencio.

--No quiero que vuelvas a Junín --dijo finalmente.

--Salvo como cliente --agregó el otro. Me miró sosteniéndome con su ironía.

Faetón me despidió con un gesto. La chica, distante, me acompañó hasta la salida.

21

Mientras discaba el número de la baronesa la imaginaba ante su aparato de madera y bronce. Escuché su silencio y después su voz: “Venga a verme mañana a las diez”.

Me atendió una empleada distinta. Esperé en la antesala, se escuchaban voces masculinas apagadas y, en el fondo, la voz grave de la baronesa. Se abrió la puerta y salieron unos

hombres maduros con portafolios. La baronesa me hizo pasar. Había cambiado el escritorio, éste era más grande y de patas anchas. Pensé, descarté y volví a pensar que tenía un escritorio para las mañanas, comerciales, y otro, pequeño y femenino, para las tardes.

--Faetón no tiene poder para ordenarle nada a usted --dijo

Mencioné la presencia del de los pulgares.

--¿El gordito? --rió la baronesa.

--Vaya a trabajar tranquilo --finalizó--. Vaya esta tarde --ordenó--. No deje de ir --corrigió--. Mejor esta tarde no. Vaya mañana.

Al día siguiente al acercarme a Junín, vi tumulto y unos autos policiales. El doble faetón estaba con las puertas abiertas. Los dos cuerpos estaban cubiertos con unas mantas sucias pero las caras se exponían. La del de los pulgares era borrosa, desconocida. Tampoco esta vez quise mirar el número de la chapa patente, y a Junín no volví más.

Falso médico

1

Cuando completó su primera incisión sobre piel humana supo que era para siempre. La línea de sangre se trazaba a sí misma bajo la protección del bisturí y él, por primera vez, sintió que su vida no traicionaba a su destino. Después, al salir del quirófano, el doctor Aguilar lo abrazó. Como a un hijo, más que un hijo, porque los hijos vienen del azar y él había sido designado en su ser por el doctor Aguilar.

--Tenía razón Blanca --dijo el doctor, y Fontela con gesto habitual bajó los ojos.

El doctor Aguilar dejó unas instrucciones y, con Víctor Odriozola, salieron a la peatonal. El viento de sal cortaba las caras. En el Gran Bar Turkey, whisky, negocios, los altos chismes de Salvador del Salar. Salsal, le dicen a la capital provincial. Víctor Odriozola como siempre tenía ideas, propuestas: lograr clínica propia, especializarse en cirugías estéticas, volar. El doctor Aguilar lo escuchó con benevolencia y se volvió a Fontela, que sólo había tomado cafecitos: le insistió en que se quedara en Salsal. Si iba a operar todos los días, y tenía que hacerlo, no podía seguir viviendo en San Martín del Monte. Y anunció: en su casa había un cuarto dispuesto para él.

Se despidieron en la puerta del bar. Aguilar y Víctor Odriozola volvían a la clínica, y a Fontela, sonrió el doctor Aguilar al recordárselo, lo esperaba Blanca. Él caminó hacia el Alto por la calle larga que junto al río, bordeada por la feria interminable, cruzaba la ciudad. Al este, invisible más allá de los barrios oscuros estaba el salar, y al sur subía la sierra hacia San Martín.

No iba a extrañar San Martín del Monte. Sus años allí, entre la gente oscura. Alzó las manos, las miró. Las manos se le acercaban a la cara, se agrandaban y algo lo golpeó en la cadera, había chocado con el murallón bajo que bordeaba el río.

Dobló hacia el oeste. Al acercarse al Alto, el viento salado se perfumaba de azahares. Las casas tenían tejados rojos o negros. El doctor Aguilar ya habría llamado a su hija, le habría hablado del pulso perfecto de Fontela. Blanca saldría a su encuentro. Él la besaría y, como

hacen los novios, se contarían cómo había sido el día de cada uno. Entre las manos de ella las manos de él se harían humanas, comprensibles. La calle subía en espiral. ¿Y si Blanca no estaba? Tal vez ella no había esperado, había salido, no se acordó de él. Modelaba la idea de la ausencia de Blanca reposando en la certidumbre de su presencia. Al acercarse sintió el cansancio de la jornada, le temblaban las piernas.

En el jardín zumbaban unas abejas. Tocó el timbre en el pilar. Un largo silencio, volvió a tocar y apareció una mujer oscura: la señorita Blanca no está.

La cara de la oscura era respetuosa, impenetrable.

2

Bajó del Alto como quien huye. Se dejó llevar por las calles, cuando levantó los ojos ya estaba en el centro, a media cuadra del hotel Belgrano. Juntó sus cosas, pagó, caminó hasta la terminal, esperó una hora para tomar el ómnibus que lo devolvió a San Martín del Monte.

Esa noche muy tarde la señora Martina lo fue a buscar al dispensario: en el teléfono de la iglesia trinita tenía un llamado. Era Blanca para decirle que fuera a Salsal, mañana mismo, para quedarse.

Le dio las gracias a la señora Martina. El padre José Luis dormía su borrachera. Fontela salió a su última noche en San Martín del Monte.

El pueblo había cambiado, un poco, en los últimos años. Algunos habían plantado en torno a sus casillas setos vivos que daban una privacidad. Las casillas estaban apartadas, en distintas direcciones, como dejadas caer en la tierra erosionada. Desde hacía mucho no había monte en San Martín del Monte. Hacía cinco años él había llegado con su valija a ese lugar del que sólo sabía el nombre casi genérico, un San Martín más. Veinte horas en el ómnibus grande, de Santo Espíritu a Salsal, y tres horas más hilvanando la sierra en el ómnibus chico. El padre Marcos le había dicho que el cura del pueblo lo esperaba. Fontela recuerda esa primera mañana. La plaza castigada, la pequeña iglesia trinita, la soledad. La iglesia tenía las puertas cerradas y, detrás, lavaba ropa una mujer oscura que era la señora Martina. Ella lo llevó ante el padre José Luis. El cura tenía la cara hinchada, le temblaban las manos y primero miró sin

entender pero sí, cierto, el obispo le había avisado que vendría un médico para el dispensario. Lo hizo sentar y le ofreció vino, pero la mujer miró con reproche y trajo un termo de cafecitos. El cura le dijo que en el dispensario había una pieza donde podría dormir. Le dijo que allí la gente no tenía plata pero algo iba a poder cobrar, "¿Usted viene a hacer una penitencia, ¿no?". Él contestó que no exactamente pero que sí, no le importaba el dinero.

Quedaron en un silencio incómodo. El cura dijo que Martina lo acompañaría al dispensario. Cuando ya estaba en la puerta lo escuchó decir: "Acá nadie le va a pedir diploma". Esa primera noche la pasó en el dispensario, sentado en un silloncito de mimbre desflecado.

Esta noche, la última en San Martín del Monte, Fontela se detiene frente a una de las casillas. Golpea las manos ante el portón despintado, se arrepiente, vuelve, pero oye a sus espaldas: "Pase, doctor. Por favor". El hombre ha abierto el portón y se inclina, con esa cortesía de ellos. No le pregunta por qué llega en mitad de la noche. Él debe estar demudado. Pase, doctor. En el interior de la casilla, la lámpara de querosén hiere la vista. Un niño se esconde en el regazo de la madre adolescente. El hombre sirve cafecitos y brinda temas discretos, ha vuelto hace unos días de trabajar en la cosecha de papas en el sur, mañana va a reparar el corral. Habla con lentitud. El español es distante para ellos, que se comunican en su idioma oscuro.

No debió haber golpeado las manos, no debió haber entrado.

--Me voy --dice.

El niño ha salido del regazo y juega con unos carreteles. El hombre parece inquieto, se le van las manos.

--El doctor siempre viaja a la ciudad --dice sin mirar.

Fontela trata de explicar que esta vez es para siempre, que él tiene una oportunidad, le ofrecieron, pero se le pierden las palabras

El niño grita, la madre lo mira. El hombre, como si hubiera encontrado una respuesta, le sirve otro cafecito. Él bebe, el hombre ofrece más, él acepta. Siente que ellos supieron siempre que él se iría, sabían que su presencia allí no dependía de ellos sino de otra cosa, una falla o una mancha en el mundo de él.

3

La casa del doctor Aguilar tiene tres plantas. En la planta baja, una salita, donde la madre de Blanca pasa el tiempo leyendo revistas de viajes; el escritorio, que el doctor casi no usa; y el comedor, con un gran ventanal que permite ver hacia abajo el centro de Salsal, con unos pocos edificios altos y desconsolados. También en planta baja, la cocina, el garage y el sector de servicio. En el primer piso el dormitorio matrimonial y el cuarto de Blanca. En el segundo piso, el doctor Aguilar dispuso para Fontela el cuarto que había sido del hermano de Blanca. La ventana daba al este y la vista alcanzaba una extensión inconcebible. Donde hubiera estado la línea del horizonte había una bruma que negaba la blancura sucia del salar, a cuyo servicio podía imaginarse un ir y venir de figuras encorvadas. Esa perspectiva sostenida en su propia imprecisión era acotada, hacia el sur, por la cuña verde, el monte, donde la mirada podía descansar.

El hecho de que Fontela, novio de la hija del doctor, hubiera sido invitado a vivir en la misma casa debería haber causado escándalo en el Alto pero no fue así. Quizás por el predicamento del doctor Aguilar, que había operado a muchos de sus vecinos. El matrimonio legitimaría a posteriori esa convivencia, y algo en Fontela hacía que todos sintieran que su presencia en esa casa era una especie de adopción.

4

--No hay formación en cirugía como la que brinda la vivisección --dijo Víctor Odriozola en el Gran Bar Turkey. Estaban entre médicos, Fontela era uno de ellos. Estaba la jefa de enfermeras, Patricia Dab.

--Bajo anestesia, el cuerpo es casi un cadáver --explicó Víctor Odriozola--. ¿Adónde va el alma durante la anestesia? ¿Cómo no se entera el alma de las cosas que le hacemos al cuerpo? --preguntó dirigiéndose a Fontela--. Con el cuerpo despierto, en cambio, el alma está absolutamente presente en la situación. En vivisección, la máxima tensión psicofísica y la activación del sistema simpático abren acceso a un aprendizaje que guiará la mano del cirujano para siempre. Yo mismo, operador mediocre, he mejorado gracias a esa experiencia

incomparable --dijo ante su tercer whisky--. Ni pensar, imaginen lo que podría lograr el doctor Fontela --dijo--. Ni pensar --repitió y Fontela sintió que enrojecía.

5

Había conocido a Blanca una mañana en la plaza principal de Salvador del Salar, mientras él dibujaba la iglesia. Él viajaba cada dos semanas desde San Martín del Monte. Llegaba el sábado a la mañana y tomaba una pieza en el Belgrano, el hotel más barato del centro. Ya lo conocían, era el doctor de San Martín. Comía en un comedor de viajeros y a la tarde iba a caminar. Se acercaba a la terminal de ómnibus, invadida por la feria callejera. Él memorizaba las caras oscuras y las dibujaba después en su libreta. A la noche visitaba a las putas amables y el domingo a la mañana iba a la plaza a dibujar la iglesia trinita, toda blanca contra el cielo.

Fontela me dio dos versiones diferentes del primer encuentro con Blanca. En una de ellas él tenía una pierna fracturada, se la había roto en San Martín del Monte. Ese fin de semana había viajado a Salsal por primera vez desde la fractura; por el impedimento del yeso y las muletas no fue el sábado a la terminal ni visitó a las putas amables, pero el domingo fue a la plaza. El cielo estaba gris como si fuera a llover aunque no era el mes de las lluvias en Salsal. Dejó las muletas a un costado y con su carpeta y su lápiz se sentó en el suelo, la espalda apoyada contra un banco. Había un casamiento, pero él abstraía la iglesia de la presencia humana, como quien sacude un pan para limpiarlo de hormigas.

Sintió un tintineo. A su lado bailaba una moneda. Alzó la vista. Una mujer angulosa, vestida de largo, al salir del casamiento lo había confundido con un mendigo. Ella esperaba su agradecimiento. Él no supo qué decir. Quedó en silencio hasta que ella se fue, y entonces empezó a extrañarla.

La segunda versión fue en realidad la primera que contó: no hubo fractura, no hay muletas, él sale del hotel, camina por la peatonal, llega a la plaza. Hace un calor desusado, el cielo parece amenazar tormenta pero no es el mes de las lluvias en Salsal y no lloverá. Se sienta como siempre en el suelo contra el banco, va a dibujar. Siente el tintineo, levanta la vista. La

mujer angulosa lo ha confundido, ella desea confundirlo con un mendigo. ¿No me da las gracias?, dice como si le ofreciera una copa de licor fuerte y puro.

--Gracias. Dios se lo pague --contesta él y recoge la moneda.

Volvió a Salsal la semana siguiente, ella no estaba. Volvió varios fines de semana seguidos, ella no estuvo. Entonces volvió a ir cada dos semanas. Los domingos frente a la iglesia, con el lápiz suspendido sobre la hoja, recordaba el tintineo de la moneda. Había dejado de visitar a las putas amables, pero los sábados, después de almorzar en el comedor de viajantes, seguía yendo a la terminal. Una vez vio una chica muy rubia que caminaba con una amiga por la feria. Su pelo resaltaba como una lámpara entre los oscuros. Después, al dibujarla en su libreta, reconstruyó la figura de la amiga, que había desatendido, y surgió una imagen angulosa: esa mujer era quizá la que le había tirado la moneda.

En otro viaje, el domingo a la mañana había un viento fuerte de otoño, muy cargado de sal, y él se quedó en el hotel; a la hora de la siesta, aunque el tiempo no había mejorado, fue a la plaza. Estaba desierta y limpia. Se sentó en el suelo con su lápiz y la hoja. La iglesia estaba en silencio y era distinta en la tarde, con sombras angulosas. Él sintió a sus espaldas una presencia. Deseó, con toda el alma, el tintineo.

Ella esta vez no dejó caer una moneda. Dio unos pasos, que sonaban sobre las baldosas, hasta quedar frente a él. Estaba descalza, pero no, tenía sandalias del color de la piel. Las pantorrillas, delgadas, daban una impresión de desamparo. Las rodillas duras, el vestido estrecho, ceñido por un cinturón trenzado, la blusa blanca sobre los pechos que sólo podían ser dulces y el cuello fino, el mentón agudo, la cara que él amó para siempre.

6

En tres años a partir de aquella primera incisión, Fontela publicó diecinueve trabajos, la mayoría de ellos en la *Revista de la Sociedad de Cirugía General de Santo Espíritu* y algunos en las publicaciones de las sociedades de Urología, Mastología y Gastroenterología. Entre sus innovaciones más destacadas se cuentan la técnica para preservar los nervios erectores en la cirugía de próstata y el uso de láminas de rayón para prevenir la hipertensión intraabdominal

en abdomen abierto. Fontela nunca aceptó firmar como autor principal. El doctor Aguilar, reprochándole su modestia excesiva, aceptó primero encabezar las firmas pero luego del tercer trabajo se negó a ese lugar, que ocupó Víctor Odriozola. El equipo obtuvo el Premio Bienal de Cirugía otorgado por la Facultad de Medicina de la Universidad de Santo Espiritu, que Víctor Odriozola viajó a recibir, y, el año siguiente, el Premio al Mejor Aporte del XIV Congreso de Gastroenterología.

El trabajo de Fontela fue una flor tardía, quizá la última de la cirugía general antes de que el progreso la fraccionara en distintas especialidades quirúrgicas. Él estudiaba febrilmente, se hacía traer libros desde Santo Espiritu y desde el extranjero. Al afrontar una intervención que no había practicado nunca, la primera experiencia ya era perfecta y, en la segunda, introducía alguna innovación técnica. Cuando operaba, era otro. Se transformaba en el conductor natural del equipo. Sus indicaciones eran breves y precisas. Enmascarado, amainaba el tartamudeo leve que lo acompaña y su voz cambiaba a un registro más bajo.

7

El camino que desde Salvador del Salar lleva a Termas del Valle nace al sudeste de la ciudad, como un inofensivo ramal secundario en la ruta nacional que va a Santo Espiritu. Arranca hacia el este como si fuera hacia el salar y sube a las mesetas, primero un tramo recto, veloz, donde el camino casi no es más que un trazo en la piedra, y luego trepa, quiere llegar a la meseta superior, se tuerce, reptar, sube como si jadeara. Esta ascensión permitiría por fin una visión neta del salar, pero no es así porque luego de ascender a la tercera, la cuarta meseta, el camino cambia su designio, dobla al sur, desciende y se encierra en un valle entre cerros muy próximos, cubiertos de vegetación oscura, y la tarde de invierno todavía luminosa da lugar a una penumbra que prevalecerá hasta Termas del Valle. La condición abrupta y sombría de este tramo incide en los ánimos. Los cerros, la vegetación en las laderas como un revés de trazos densos que la velocidad del auto no permite descifrar, el poco cielo encajonado y muy abajo el río. No cualquiera soporta este camino. Distinto es para quienes lo utilizan profesionalmente, choferes del ómnibus a Termas, empleados del hotel o camioneros, pero entre los que van a las

termas por placer o por salud más de uno, abrumado por el paisaje, desiste, y el auto debe girar difícilmente en el camino estrecho, volver, salir a la luz y, de nuevo en las mesetas, el retorno a Salsal. Ese que huyó no entenderá que un camino hacia unas termas le haya sido insoportable, pero absolutamente rechazaría volver.

Blanca Aguilar, junto a Fontela en la tarde de sábado, manejaba el auto de su padre. El camino no era nuevo para ella. La familia venía cuando era niña. Algún médico había dicho que las aguas podían provocar en la madre lo que llamó una reestimulación, y el doctor Aguilar aunque no creía en esas terapias había hecho la prueba, que la madre aceptó imperturbada. Blanca ya de grande había vuelto algunas veces, dijo sin precisar.

Fontela había querido que ésa fuera ocasión para confesarle a Blanca la verdad. Mientras se acercaban, en las mesetas la decisión se había fortalecido pero, ya en el valle, algo le asfixiaba la voluntad, él volvía a ser un niño que oculta su falta; sin embargo no pidió volver y, al llegar a Termas, la voluntad se aclaró. Así se aclaraba el valle, al abrirse a un pequeño prado atravesado por el río en cuya lámina la luz del sol, recuperada, titilaba. El camino bajó a una especie de anfiteatro natural; en el fondo, las paredes de piedra y los techos borra-vino del hotel Termas.

Él pidió dos cuartos separados y fueron a sentarse en la terraza del hotel. No eran más que las cinco pero las laderas se oscurecían ya; el pequeño prado estaba dividido por la sombra de los cerros. Al fondo había un puentecito y un camino de tierra clara.

Empezó a hablar Fontela, vacilaba. Yo querría decirte, yo quisiera. Blanca sin mirarlo, enfrentando el atardecer lo interrumpió: una vez con su hermano --contó-- le habían tomado prestado a su padre el cilindro donde guardaba el diploma. Eran dos cilindros en realidad, uno iba dentro del otro. El hermano soldó y selló los dos cilindros con el soldador eléctrico, que el padre le había enseñado a manejar. Ella lo ayudaba. Después pusieron el cilindro en la bañera y, sí, flotaba. Pero después de un ratito fue mejor porque se convirtió en un submarino, se quedaba bajo la superficie en el nivel donde lo colocaran, largo y silencioso como los submarinos de verdad, y podían hacerlo circular en horizontal y oblicuo. Pero, después, ya se iba directamente al fondo. Sin duda había quedado algún punto sin soldar. El hermano se angustió. Ella le dijo que no importaba: el padre podía ir a la universidad para que le dieran un

duplicado del diploma. Volvieron a dejar el cilindro en el escritorio. Pero ella sabía que el diploma no estaba en el cilindro sino, enmarcado y a la vista, en la clínica.

La sombra de los cerros se ha extendido y sólo resta, lejos de ellos, una franja de sol. Blanca ha hecho una pausa y vuelve la vista hacia Fontela para decirle que no le interesa escuchar sus confesiones.

Él palideció. Después al recordar se ruborizaría siempre pero en ese momento palideció. Callaron. El sol se iba y ella, impersonal, se abrigó el cuello con un echarpe bordado, magnífico.

8

Patricia Dab ha bailado, su cuerpo macizo libre del guardapolvo. Han comido y han bebido en el Turkey, después de la última jornada de trabajo del año. Salen a la noche seca. Víctor Odriozola se le echa a Fontela sobre los hombros, tiene el aliento turbio de alcohol.

--Vení conmigo.

Lo ha tuteado. Nunca lo tuteó antes ni lo tuteará después de esta noche. Le pide que lo acompañe a la clínica. Un ratito nomás. Patricia Dab irá con ellos. Él quiere enseñarle a Fontela las agujetas algésicas. Patricia Dab objeta, ya es muy tarde, alguien la espera. Víctor Odriozola insiste y vuelven a la clínica.

--Siéntese, doctor --ha vuelto al respeto que en Víctor Odriozola siempre suena irónico.

Fontela se sienta en la silla del paciente. El alcohol ha empezado a disiparse. Víctor Odriozola, con una pequeña llave, abre la vitrina, toma una caja metálica, la presenta. Está llena de pequeños paquetes de esterilización.

--Abrí, abrí, con confianza --otra vez el tuteo y una ronquera alcohólica que ahora parece impostada. Fontela desgarró uno de los papeles y aparece un puñado de pequeñas motas traslúcidas, brillan, parece azúcar.

--No las toques --advierde Víctor Odriozola y lo mira triunfal--: son agujetas algésicas.

Las agujetas algésicas son de vidrio, muy pequeñas: están específicamente destinadas a producir dolor. Son indetectables por los rayos X e imposibles de discernir en la complejidad

de un órgano. El cirujano, antes de cerrar, riega determinadas zonas con agujetas. Es mejor no hacerlo en el órgano que se acaba de intervenir sino en otros que hayan quedado expuestos; por ejemplo, en una operación de vesícula se puede impregnar el bazo o el intestino grueso hasta el recto.

--Hay dos tipos de agujetas: fijas y migrantes.

Las migrantes son las que Fontela tiene ante sus ojos; su forma ahusada facilita que las contracciones y movimientos propios de los tejidos impulsen su desplazamiento incluso a puntos distantes en el organismo. Mientras migran casi no duelen: el dolor empieza semanas o aun meses después, cuando se fijan en un punto y producen inflamación.

Las agujetas algésicas fijas, en cambio, tienen un sistema de enganche parecido al de los anzuelos, se puede ver con una lupa, mirá, ¿ves?, muestra Víctor Odriozola. Las agujetas fijas se utilizan cuando se desea producir dolor en un órgano determinado. En general son más seguras las migrantes, ya que, como el dolor se produce en un órgano alejado y tiempo después de la intervención, la responsabilidad del cirujano se extingue en la práctica. Las agujetas fijas se utilizan cuando el cirujano desea producir dolor en una zona muy localizada.

Los vendedores de instrumental quirúrgico discretamente brindan ambos tipos de agujetas. Las migrantes --que además son más baratas-- corresponden a la función más genuina de estos instrumentos, que no es personal: no se trata de usarlas en el marco de algún conflicto con el paciente, aunque esta función también pueda cumplirse, sino de, en forma pura, causar dolor.

--Causar dolor, Fontela, es generar certeza.

Porque sólo el dolor es real. El placer es dudoso siempre y se escapa pero el dolor nunca huye, el dolor es infalible. Es cierto, las agujetas también propician situaciones divertidas, sarcásticas, el paciente nos consulta, le duele, le damos analgésicos y esperanzas, él agradece, se emociona, se rebaja, pero nada de eso --advierte Víctor Odriozola-- es lo importante. Lo importante es que lo nuestro es real. Nosotros no somos homeópatas. Tampoco queremos ser artistas, aunque usted, Fontela tenga esa debilidad. Nosotros tenemos hambre, nosotros somos hambrientos de la cosa real. Queremos carne. ¿No es cierto, Patricia?

Ella está de pie con los brazos cruzados, como una diosa imprevista.

Fontela, una vez más, se siente un niño en un mundo de adultos.

El doctor Aguilar también usó las agujetas, por supuesto, está diciendo Víctor Odriozola. Las usó durante muchos años, ahora dejó de usarlas y también va a dejar la cirugía.

Fontela admite que no importan las proezas del quirófano, él nunca va a ser un cirujano de verdad. Nunca va a tener eso que se forja cordialmente en los pasillos, en las guardias. Y se sobresalta: ¿cómo sabía Víctor Odriozola que él no conoce las agujetas algésicas?

9

Generalmente lo escucho a Fontela en silencio. Nunca le hago preguntas. A veces le cuento algún hecho de mi vida, cuando me parece que se va a sentir más cómodo al creer que la disposición a la confidencia es recíproca. Una vez le dije algo de mi madre y me contó que, cuando murió su madre, él estaba en San Martín del Monte. Era invierno, el segundo invierno que pasaba allí. Un martes a la madrugada, la señora Martina le avisó que lo llamaban por teléfono desde Santo Espíritu. Nunca nadie había llamado. Mientras seguía a la señora Martina entre la escarcha pensó que el único motivo posible para que lo llamaran era que su madre hubiese muerto. La señora Martina abrió la puerta de la casa parroquial y lo hizo pasar al comedor. Desde el otro cuarto llegaban los ronquidos del padre José Luis. Sintió una repugnancia. Por primera vez pensó que la señora Martina debía ser la manceba, era la palabra, la manceba del padre José Luis. Tomó el teléfono y escuchó la voz del padre Marcos diciendo que su madre había muerto.

Era irreal que lo imaginado fuese real. “Un accidente.” La voz llegaba opaca y como avergonzada entre las crepitaciones de larga distancia. Fontela repitió: un accidente, y el padre Marcos no contestó. Tu madre, dijo, está en el hospital del sector Oeste. Entonces no había muerto, entendió él. Sí, sí, la madre había muerto y el cuerpo estaba en la clínica. El padre Marcos había dispuesto las cosas para que él pudiera llevarla al cementerio el jueves a la mañana.

Le dijo a la señora Martina que estaría ausente por unos días. Ella le preguntó si necesitaba algo y él dijo que no. Eran más de las cuatro. Fue al dispensario y puso una muda de ropa en el bolso. Caminaría hasta la ruta para tomar el ómnibus de las cinco.

Las suelas de los zapatos se deslizaban ásperas contra el pedregullo. Llegó a la ruta a las cinco menos diez. Estaba muy oscuro, temió que el chofer del ómnibus no lo viera, se paró muy cerca del pavimento. Las cinco, las cinco y cuarto, tal vez el ómni había pasado antes, pero no, apareció el resplandor. El ómnibus parecía venir directo hacia él, que, encandilado, se entregó a la luz. Finalmente un bramido, una sombra caliente a su lado y el chistido largo de los frenos de aire. La puerta se abrió silenciosamente y él subió.

El ómnibus chico estaba casi vacío. Se sentó junto a una ventanilla, que estaba oscura pero pronto amanecería. ¿Su bolso? Lo había perdido. No, no, lo había puesto arriba, en el compartimiento. Se alzó sujetándose del asiento, lo tomó, volvió a sentarse. Buscó en el bolso como si alguien hubiera podido poner algo para que se entretuviera en el viaje, unas galletitas. Si fuese la llanura, si no estuviera la sierra y fuese la llanura donde crecía Santo Espíritu, en la llanura se vería el alba como una leve franja de luz en el horizonte, luz clara, verde agua, limón, no quería dormirse, suaves temblores, movimientos largos en el agua verde pero una vibración áspera lo despertó. Sintió culpa. El ómnibus chico trepidaba por las afueras de Salsal. Había amanecido, la luz tenía una ansiedad torpe como de lunes y en el ómnibus hacía frío. Buscó en el bolso, estaba su viejo pañuelo de cuello y se lo puso.

En la terminal de Salsal compró boleto para Santo Espíritu. El ómnibus salía a las nueve. Llegaría en la madrugada del jueves, y el viernes podría estar de vuelta en Salsal. Tal vez podría quedarse el fin de semana, el sábado reencontrar a las putas amables y el domingo dibujar la iglesia antes de volver a San Martín. No había traído lápiz ni papel pero podría comprar el sábado a la mañana, en la librería cerca del Belgrano, allí tenían.

Eran las ocho y cuarto. Los tentáculos de la feria inmensa se extendían en el interior de la terminal. Caminó sin ver. Hambre. De repente tenía hambre. Ya eran casi las nueve menos cuarto. En el bar grasiento de la terminal tardaban, eran casi las nueve menos cinco cuando recibió un café con leche, lo tomó quemándose la boca, comió una medialuna, trató de envolver otra para el viaje pero las servilletas de papel se pegoteaban, pagó y corrió al ómnibus, que salió a las nueve y veinte.

Su asiento era uno de los últimos. Antes de que el ómnibus arrancara, el acompañante del chofer dijo que estaba prohibido quitarse los zapatos. Pero la advertencia estaba destinado a los oscuros, que eran la mayoría de los pasajeros. Igual iban hacia la capital, Santo Espíritu,

donde el privilegio de la piel blanca ya no se percibía, se podía con piel blanca ser un pobre o un burlado. Ya habían salido de la ciudad y, hacia el oeste, las montañas iban a ser cada vez más bajas y después lejanas. El viernes estaría de vuelta en Salsal. Bajo las suelas la vibración del ómnibus era precisa y dulce.

Sin haber dormido despertó. Sin dormir había soñado una presencia, una forma humana. Un cuerpo inaceptable. Tal vez en Santo Espíritu se presentaría su padre atraído por el acontecimiento de la muerte de la madre. Él confiaba en que el padre Marcos no le habría avisado pero su padre podría haberse enterado de algún modo. Por la ventanilla mal ajustada entraban motas de polvo que brillaban al sol. Ya no se veían montañas, el ómnibus cruzaba la estepa calcinada. De tanto en tanto brillaba, lejos, un techo de zinc.

La casita donde vivía con su madre en el sector Oeste estaba en el centro de la manzana, se llegaba por un pasillo largo y quebrado; junto a la puerta, protegido por un enrejado metálico y el candado de la compañía, estaba el medidor de agua. La madre siempre se quejaba de los precios crecientes del agua doméstica. Ella trabajaba como dactilógrafa en el sector Este y él pasaba solo las tardes largas, esperando que volviera del trabajo. Por encima de las paredes del pequeño patio, el cielo se presentaba como un polígono estrecho, a veces con nubes que caminaban o que corrían. Al anochecer la madre llegaba con fideos y verduras que casi no hacía falta lavar porque hervirían en la sopa. "La sopa es de agua y ahorra agua", sentenciaba la madre mientras llenaba la cacerolita hasta la mitad. La sopa los ponía de buen humor. A diferencia de la mayoría de los chicos, a él le gustaba. A veces en la sopa aparecían unos fideos muy cortos de gusto raro y fuerte que en realidad eran dientes de ajo. La madre se disculpaba, se había olvidado de sacarlos, no eran para comer. "Pero si están ricos", reía él, y la madre sonreía.

A la una, el ómnibus se detuvo en un parador para almorzar: un bife recalentado, que él dejó, y un postre de maicena que liquidó sintiéndose goloso. Después de la parada pensó que dormiría pero no, sentía los ojos redondos mientras, en la tarde, la estepa retrocedía y retrocedía.

Había que dibujar un jarrón. Era blanco, redondo y estaba en el escritorio. La maestra se había ido, los dejó solos y él, en vez de dibujar el jarrón, dibujó a la maestra. La hizo con los labios desgarrados. Ciertamente a veces la maestra tenía corrido el lápiz de labios, rojo brillante

en la cara. La maestra llamó a la madre y le mostró el dibujo, los labios rotos. La madre trató de excusarlo pero la maestra no lo perdonó. Antes, una vez un toro había escapado del matadero y lo persiguieron por las calles del sector Oeste, él había visto cómo unos hombres a caballo lo cercaban y el animal tenía una cara contorsionada y lúcida.

Al atardecer el ómnibus ya había cruzado el río Dulce y corría por la llanura fragante, parcelada en campos de cultivo. De la ruta emergían caminos de tierra que parecían sin destino. Al anochecer se detuvieron para una cena correosa. Después en la oscuridad, los faros de los otros ómnibus eran como fogonazos. El ómnibus entró en La Plata, las calles en calma, se demoró en la terminal. A las dos y media de la madrugada, bordeando el río Grande, llegaron a Santo Espíritu.

El taxi atravesó la ciudad en silencio. En el hospital le dijeron que el cadáver estaba en un lugar cerrado y que tenía que esperar a que, a las ocho de la mañana, se abriera la administración. Eran las tres y media. Frente al hospital había un barcito abierto toda la noche. Tomó cafecitos. Había unas revistas. Desde las siete hubo mucho movimiento en la calle. A las ocho cruzó; tuvo que esperar una media hora hasta que abrieron las oficinas. Completó los papeles. Su madre estaba registrada como “no pudiente” y las cuentas habían sido pagadas por la Iglesia Trinita. El furgón pasaría a las diez para llevarla al cementerio y él podría acompañarla. Ahora, si lo deseaba, ya podía entrar.

Había que subir al primer piso. Sobre una puerta común, blanca, un cartel anunciaba “Morgue”. Vaciló. Tal vez debería golpear. Pasaba una enfermera, preguntó, era sólo abrir la puerta y entrar.

Pero el cajón no estaba solo. Había una mujer gordita que apoyaba el antebrazo en la tapa cerrada mientras charlaba con otra más joven. Eran la señora Carmen y su hija, se levantaron, lo abrazaron y él sintió un dolor irreparable: los empleados nocturnos se habían equivocado, le habían mentado, se podía entrar, él podía haber estado esas horas junto a su madre.

La señora Carmen le decía que se habían preguntado si iba a poder llegar desde tan lejos. La madre les había contado que él trabajaba como enfermero en el norte. Ellas se habían quedado toda la noche para que la pobre no estuviera sola, tenían un termo, ¿no quería cafecito?

No, gracias. Traspiraba, se llevó la mano a la frente, la amiga de la madre le preguntó si se sentía bien. Él dijo que sí. Las únicas sillas eran las que ocupaban Carmen y la hija. Ella le insistió en que se sentara. Al hacerlo, el antebrazo le quedó sobre el cajón. Era áspero, de madera mal barnizada. Pasó los dedos, sentía bajo las yemas puntos ásperos, podía clavarse una astilla, trató de clavarse una astilla pero no, apenas en la yema del dedo un puntito rojo como una cabeza de alfiler. La señora Carmen en voz baja dijo que el empleado les había dicho que, si un familiar lo pedía, podían abrir la tapa del cajón. Él sintió que su cabeza oscilaba y ella se apresuró a decir que no hacía falta, el empleado había dicho que no hacía falta.

Quedaron en silencio. La morgue no tenía ventanas y había una luz plateada. A veces la señora Carmen hacía un gesto como si fuese a hablar. La hija tenía una revista, la hojeaba. De repente la señora Carmen dijo que se podía conseguir un padre trinito para el oficio de difuntos. El padre Marcos había dicho que él no pero que sí, por supuesto se podía. Fontela negó con la cabeza.

Dos empleados vinieron por el cadáver. La señora Carmen y la hija se despidieron. Los empleados llevaron el cajón sobre una especie de camilla en un ascensor grande. En el garage de la clínica esperaba el furgón; el chofer lo invitó a acompañarlo en la cabina. Él subió y cerró los ojos. En el cementerio, dos empleados bajaron el cajón hasta una fosa ya abierta. Él tiró un puñado de tierra sobre la madera y uno de los empleados le dio una tarjeta donde decía el número de la sepultura. Esa misma tarde volvió a Salsal.

10

--Entonces volvieron a tomar piedras para apedrearle --dice Fontela y le tiembla la voz--. Jesús les respondió: Muchas obras buenas os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia: porque tú, siendo hombre, te haces Dios.

Él ha elegido leer el Evangelio Trinito de San Juan, 10, 31-38, en la ceremonia de su matrimonio.

--Jesús les respondió: ¿Al que el padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?

No es un pasaje de lectura habitual y la voz de Fontela es aguda, demasiado conmovida; entre los invitados empieza a haber miradas, carraspeos incómodos. Incluso el padre trinito, un hombre obeso, lo mira con desconfianza. El doctor Aguilar, en la primera fila, parece abstraído, y la madre a su lado gira la cabeza con extraña exaltación.

--Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí --la voz de Fontela no alcanza a llenar el vasto recinto--, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.

No hay ningún invitado por parte de Fontela en la iglesia. Es esa misma, blanca frente a la plaza, que él tantas veces intentó dibujar. En la puerta, como siempre en los casamientos, hay dos o tres mendigos, uno de ellos muy cerca del lugar que él ocupaba cuando Blanca le dio su limosna. La iglesia por dentro, con sus vitrales torturados, carga una complejidad que la opone a la figura nítida de la iglesia por fuera. Él vuelve a sentirse un niño entre extraños. Blanca guarda una distancia absoluta y hay un murmullo. No se atreve a levantar los ojos, sigue leyendo.

--Y cuando Jesús hubo hablado, el Espíritu Santo descendió sobre él como paloma, con un mensaje del Padre:

El rumor ha crecido y él alza la vista. Un hombre viejo y andrajoso avanza por el centro de la nave. ¿Su padre? ¿Ha venido su padre?

Tiembla. Tiembla con violencia y el padre trinito, sin ocuparse del intruso, lo mira temblar. No se atreve a volverse hacia Blanca que debe verlo con odio. Dos de los invitados se han levantado, intentan detener al viejo pero se los sacó de encima con fuerza imprevista y sigue avanzando hacia él, ya nadie lo detiene, su presencia va a confirmar algo que todos sospechaban. El doctor Aguilar mira a su hija.

Sólo su padre podía hacer eso, volver desde el fondo de su vida por el centro de la nave, el viejo alza la vista, los ojos hundidos pero no, no es él, no es su padre, claro que no es su padre. Es uno de los mendigos de la puerta que lo mira alucinado, y Fontela deja de temblar.

Baja, se acerca al hombre y lo toma por las dos manos, lo mira a los ojos. El hombre inclina la cabeza, emite una especie de sollozo y murmura, pide una limosna. Por favor.

Fontela le da un billete, el hombre bendice, Fontela lo toma por los hombros, lo acompaña unos pasos hasta que el hombre se retira solo. Fontela vuelve hacia el altar. Tiene la cara bañada en lágrimas.

--No está en ti hacerte Hijo --lee Fontela el mensaje que transmitió el Espíritu--. No hay obra, milagro, sacrificio ni martirio que te consagre Hijo de Dios. Sólo Yo, tu Padre, puedo hacerlo. Yo te declaro el Hijo.

Amén, responden.

Blanca le tiende los brazos. Él la abraza, la besa y se sorprende al sentir, ante el altar, la lengua de ella entre sus labios, ese día de los días de su vida, el día que ella lo deseó.

11

Su prestigio de cirujano ya se había extendido por la provincia cuando, entre las operaciones cotidianas, se presentó una de tabique nasal. Era una intervención de rutina, indicada por el otorrinolaringólogo. La paciente le pidió, si era posible, aprovechar para reducirle un abultamiento que le afeaba el puente de la nariz. A él primero no le interesó pero le pidió a la mujer que se pusiera de perfil, le estudió la cara. Luego de frente. Sí. Lo haría.

En el quirófano retrazó la línea de la nariz. La creó nítida y, cerca de los ojos, permitió una vacilación que era como una pregunta o una debilidad.

La vida de esa mujer fue otra luego de la intervención. Y Fontela empezó a recibir consultas para cirugías estéticas. Él no aceptaba hacer ninguna de las operaciones establecidas, aunque podía recurrir a cualquiera de las técnicas aceptadas. Su acto era distinto y generalmente simple. Se mantuvo fiel a su inicial iluminación de cambiar sólo un trazo en el rostro o el cuerpo de la persona a intervenir. Las consultas se multiplicaron, por parte de mujeres y también hombres interesados en que la revelación de un rasgo pudiera suscitar atracción, respeto o temor. Fontela primero miraba largamente, en silencio; si estimaba que no podría lograr la forma que él buscaba, se negaba a la operación. Víctor Odriozola deploraba esta libertad que generaba resentimientos entre los desestimados, a veces personas poderosas o en camino de serlo.

12

El cuerpo desnudo ha sido fijado a la camilla mediante un sistema de ligaduras que, con vendas de gasa y cinta adhesiva, garantiza su inmovilidad. Previamente y bajo una ligera anestesia general, le fueron silenciadas las cuerdas vocales. Cuando la oscurita despertó, el anestesista dio por cumplida su labor y se retiró.

Las luces son deslumbrantes. El vivisector, con bata y guantes pero sin gorro ni mascarilla, sostiene un bisturí. Una mujer, Patricia Dab, está a su lado junto a la bandeja de instrumentos.

Víctor Odriozola traza con el bisturí una línea roja de unos veinticinco centímetros, desde el apéndice xifoides hasta la sínfisis pubiana. Separa los planos, abre el peritoneo, expone las estructuras de la cavidad abdominal. Destaca, para su espectador, la belleza que sale a luz en el acto quirúrgico: el color borravino del hígado; el verde biliar; los epiplones amarillos, venas azules, los intestinos bailando en la peristalsis, transparencias, rosas y lacre. Aunque las ligaduras resisten a la perfección, el cuerpo vivo manifiesta un temblor persistente, que no llega a estorbar la acción del bisturí, y produce esbozos de movimientos espasmódicos, contenidos por las ligaduras, ante los cuales el vivisector, experimentado, responde con breves pausas.

Los ojos de la oscurita, que giraban sin objeto, han encontrado la mirada del vivisector. Él mira esos ojos con curiosidad. Al mismo tiempo el jadeo proveniente de los pulmones, todavía intactos, por unos instantes deja de ser caótico y ofrece una regularidad anhelante, que el vivisector recibe con ironía. La mirada del vivisector vuelve al vientre y se fija en el útero.

13

Fontela no estuvo presente en el diálogo entre el doctor Aguilar y su hija, que así sólo podemos reconstruir o imaginar. Seguramente la conversación tuvo lugar en la habitación de Blanca. Ella, aun casada, seguía pasando las tardes en su pieza de siempre con el pequeño

escritorio y la colección de elefantitos que guardaba desde la infancia, se maravillaban de que cuando tenía cuatro, cinco años, los preservara no para jugar con ellos sino para tenerlos, y empezaron a regalárselos aun frágiles, de vidrio o cerámica, ella los conservó y acrecentó hasta hoy.

El doctor Aguilar no hubiera querido esta consulta pero Víctor Odriozola insistió, hable con su hija, doctor, y él acostumbraba consultarla para sus decisiones, ya que no podía hacerlo con su mujer que sólo daba respuestas tontas o crípticas. Entonces, el doctor Aguilar subió, golpeó la puerta, se ha sentado en el pequeño sillón de espaldas al escritorio y enfrenta a Blanca, recostada contra unos almohadones en su cama de adolescente. Tras ella por la ventana él podría ver muy al fondo la membrana imprecisa del salar. El doctor, con el embarazo que siempre sintió ante la hija, demora el momento de hablar.

Sucede que Víctor Odriozola volvió de un viaje a Santo Espiritu con el dato de una pequeña clínica a punto de quebrar, que tiene un quirófano chico pero bien equipado; es factible y muy ventajoso alquilar las instalaciones. El proyecto de Víctor Odriozola requiere que Fontela se traslade a Santo Espiritu, donde dirigirá el equipo quirúrgico. Víctor Odriozola, que por las migrañas de su señora debe residir en Salsal, viajará periódicamente para tomar decisiones institucionales y administrativas. El doctor Aguilar habló con Fontela que, con una inquietud que sólo puede brotar de su extrema timidez, se negó al traslado. ¿Blanca no sabía?

La hija le responde con un gesto impreciso. El doctor Aguilar continúa, reconoce que, aunque a Fontela no le interese el dinero ni la fama, sólo en Santo Espiritu podría contar con los intercambios profesionales y la casuística que necesita para desarrollarse.

El doctor Aguilar ignora que el año anterior, durante la luna de miel, ella estuvo en Santo Espiritu. Habían recorrido los balnearios fluviales. En las playas el cuerpo anguloso de Blanca con sus gestos decididos atraía desde la misma imposición que cuando estaba desnuda junto a su marido. Fueron al casino en Cárcova, una vez ella perdió en la ruleta y él ganó un poco. Otra vez él empezó perdiendo, recuperó y volvió a perder cada vez más hasta que ella le ordenó parar.

Cuando se acercaban a La Plata, él se sintió feliz. Siempre había amado esa ciudad: su planificación exacta, las plazas equidistantes, la costanera con sauces, era un mundo claro. Blanca propuso que fueran a Santo Espiritu. Sólo setenta kilómetros, pero él no quiso. No

había vuelto a la capital desde la muerte de su madre. Se encerró en su negativa y Blanca dijo que iría sola.

Él dice que entonces él cedió, él aceptaba ir pero ella partió sola. Solo en La Plata, compró unos lápices para dibujar el río, los sauces cordiales, pero la línea del lápiz era débil e inocua. No podía ir a buscarla, no sabía en qué lugar de Santo Espiritu estaba Blanca. Ella volvió a La Plata cuatro o cinco días después. Regresaron por los balnearios. En Cárcova volvieron a jugar, él ganó en la ruleta y sintió como si ella lo hubiera dejado ganar. Pero el doctor Aguilar no sabe nada de esto.

--Si ustedes prefieren quedarse en Salsal... --sugiere. El plural "ustedes" cuelga como un cuerpo extraño en la conversación. Pero, si la hija va a vivir en Santo Espiritu, se habrán terminado las consultas en la pieza de los elefantitos y él quedará para siempre a solas con la mujer extraña.

Con un rencor que el padre no le conocía, Blanca estira la boca al decir que, por supuesto, ella y Fontela se trasladarán a Santo Espiritu.

14

Con ayuda del doctor Aguilar, que les adelantó el pago inicial, y de Víctor Odriozola, que encontró la mejor oferta inmobiliaria, el matrimonio adquirió un departamento en el sector Este de Santo Espiritu, donde nunca se corta el agua. Estaba en una torre con vista a la ciudad y, más allá de las aguas prohibidas del río Grande, la llanura parcelada en campos de cultivo. Tenía cuatro habitaciones, una de las cuales quedaba a la espera, y un sector de servicio. La hipoteca podría solventarse con los ingresos cada vez más sólidos del trabajo de Fontela. Para las tareas domésticas Blanca trajo desde Salsal a una oscura, que tenía un niño.

La clínica también estaba en el sector Este, como en general los establecimientos que requirieran suministro garantizado de agua corriente. Fontela se asoció a la Sociedad de Cirugía de Santo Espiritu: "Un día de estos nos acerca el diploma, doctor". Aunque la mayor parte de la creciente demanda era por cirugías estéticas, él nunca dejó la cirugía general. Aprendió a disfrutar del trato con colegas, los ateneos, los congresos. Cada vez más lo

invitaban a exponer. Primero se negaba, le costaba mucho hablar en público, pero, no contando con el doctor Aguilar para que hiciera el papel principal, lo asumió. Los colegas lo buscaban; sus respuestas, pronunciadas en voz baja y como sin quererlo, circulaban después, y aun los cirujanos más experimentados le reconocían magisterio. Algunas maniobras quirúrgicas tomaron su nombre, como la incisión de Fontela para operación de vesícula (ahora la llaman incisión oblicua modificada, dice Fontela con sarcasmo).

Los colegas lo invitaban a comer con su señora. Apreciaron de inmediato la belleza y la inteligencia de Blanca, y los hombres admiraban discretamente su cuerpo anguloso. Las cenas se extendían en charlas donde los otros, alentados por el alcohol, contaban historias y anécdotas que él escuchaba con simpatía pero sin participar. Una vez la mujer de un colega lo buscó a solas para declararle su deseo e incluso empezó a desnudarse ante él, que la rechazó con suavidad.

Blanca, en las mañanas, comenzó a darle clases al hijo de la oscura. Él había dejado la escuela, en las escuelas del sector Este no hay oscuros. A la tarde, a veces Blanca lo llevaba en sus salidas. Una vez al volver, él tenía en la nuca un tatuaje con forma de corazón. Era rojizo con nervaduras violáceas, estaba hecho de tal manera que, en relieve sobre la piel, parecía haber brotado ahí. La madre, la oscura, le pasó la mano por la nuca como si así pudiera borrarcelo.

15

Víctor Odriozola hubiera querido que la filial Santo Espiritu fuese un centro especializado en cirugías estéticas. La instalación de una sede en la capital sólo se justificaba en esa perspectiva, decía. Fontela nunca se opuso frontalmente, pero nada hacía para favorecerlo. Y sus eventuales negativas a efectuar la cirugía, cuando consideraba que no podría lograr el trazo al que aspiraba, llevaban a que personalidades destacadas, en prevención de ese rechazo, se abstuvieran de consultar. De todos modos la divergencia entre Fontela y Víctor Odriozola no llegaba a ser un conflicto manifiesto. A causa de las migrañas de su señora, Víctor Odriozola continuaba viviendo en Salsal. En sus visitas a Santo Espiritu, un par de días le

bastaban para decidir sobre cuestiones institucionales, supervisar al administrador, controlar o designar al personal y recibir las quejas de la secretaria. Se reservaba otro par de días para los atractivos de la capital y especialmente el teatro, que a Fontela no le gustaba o más bien lo inquietaba.

Él a partir de su primera incisión no había vuelto a dibujar, salvo el angustiado intento en la luna de miel. Todavía en Salsal, seguía yendo a veces a la terminal a memorizar caras oscuras, pero sólo las dibujaba en su mente. Ya en Santo Espíritu, no se interesó en las exposiciones, que eran frecuentes en la capital. Salía poco en realidad. Aceptaba ir al cine. El cine garantiza una distancia insalvable entre el actor y el espectador, mientras que, en el teatro, el espectador tiene la posibilidad física de intervenir, desbaratar la representación. Y, aunque esto no suceda, el actor estará afectado siempre por la presencia de ese desconocido a quien el solo pago de la entrada lo ha puesto en condiciones de atacarlo. Víctor Odriozola, en sus visitas a Santo Espíritu, iba al teatro con Blanca.

Quizás el rechazo de Fontela derivaba de alguna experiencia en pequeños teatros del sector Sur, donde no hay escenario sino que los actores están al nivel de los espectadores, a veces llegan ruidos de los trenes urbanos, o la sala no es más que un antiguo comedor y suben ruidos desde el patio o de los departamentos vecinos. Los grandes teatros del sector Este cuentan con escenario elevado y con telón, y existe un dispositivo de seguridad que no permitiría la irrupción de espectadores.

Una tarde, era martes, al llegar a la clínica la secretaria le dijo que había pedido verlo un hombre mayor. Había insistido, parecía ansioso. ¿Cómo era?, preguntó él. La secretaria vaciló. Era un hombre viejo, quizá no estaba del todo bien vestido. Finalmente la secretaria dijo que el hombre decía ser su padre y que, así dijo, venía a preguntarle por el diploma.

16

De acuerdo con el relato de Fontela, la presencia del padre puede compendiarse en tres apariciones. La primera se produjo cuando él tenía unos cinco años. El recuerdo es una escena sin palabras. Él ha vuelto de la escuela y almuerza con la madre, en la pequeña mesa cuadrada

de la cocina, cuando se materializa el padre: en el umbral, agita los brazos y habla. Increpa a la madre. Hay una percepción intensa de los labios y la lengua del padre. Emite una risa que no se parece a ninguna otra risa.

Después, en alguno de sus largos diálogos con el padre Marcos, al reflexionar sobre aquella aparición que resumía las de su infancia supo que el verdadero destinatario había sido él: el padre increpaba a la madre para que el hijo lo viera increparla. ¿Qué quería de él ese hombre que había renunciado a toda prerrogativa paterna pero comparecía, fulgurante, para que él presenciara la vulneración de la madre?

Al terminar la escuela primaria, que cursó laica, la madre le dijo que podía ir al colegio secundario. Se sorprendió, él había supuesto que debería empezar a trabajar. La madre agregó que, si bien la Iglesia Trinita le solventaría los estudios, podía hacerlos en escuela laica si lo prefería. Lo importante era la inesperada felicidad de seguir estudiando. En esos comienzos de su adolescencia se dieron los largos diálogos con el padre Marcos. Fontela se franqueaba con él, quizá como, tantos años después, lo ha hecho conmigo. El padre Marcos vivía en uno de los pequeños departamentos de la Casa Trinita del sector Sur, vasto edificio donde funcionaba también el Colegio de Teologías. El departamento, en el tercer piso, tenía una ventana al patio, donde había plantas y flores e incluso una fuente con agua real, habilitada en días festivos, coronada por la imagen del Espíritu Santo. Las paredes del departamento estaban cubiertas de libros y en el centro de la habitación había una mesa con una máquina de escribir portátil. El padre Marcos comía solo en la cocinita y, si había algún invitado, despejaba la mesa. Por encima de la cama estrecha también había estantes con libros.

El chico le había confiado al padre Marcos su propósito de ser artista. Él quería, dijo y miró de frente al padre Marcos, él quería dibujar la Trinidad. Dibujarla de verdad, dijo. Las representaciones de la Trinidad siempre habían sido sólo ilustrativas: la paloma simbólica del Espíritu Santo en primer plano y por detrás, antropomorfos, el Padre y el Hijo. Representaciones falsas, se exaltaba Fontela, ya que presentan la Trinidad como si se tratase de tres personas separadas. Claro que su presentación como un ser único, tricéfalo, resulta monstruosa y fue no sólo repudiada por la Iglesia Trinita sino desestimada por los artistas. Él se proponía dibujar la Trinidad tal como era, es decir, avanzar hasta los límites del misterio.

Pero para cambiar el dibujo de la Trinidad, comprendía el adolescente, primero hay que cambiar el dibujo del Espíritu Santo. Este cambio no se refería al estallido de las formas y sentidos tradicionales con que, desde principios de siglo, las vanguardias habían revolucionado la representación de la Paloma: aunque la multiplicaran en bandada, aunque se detuvieran en la arquitectura de una pluma o generaran texturas imposibles, se trataba siempre de la Paloma. Lo que él planteaba era acercarse al Espíritu, no por la vía del Ave que al presentarlo lo oculta, sino por la vía de su efecto en los humanos. Sin embargo, ¿cómo discernir ese Efecto?, se detenía.

Quizá más que discernir, suponer, observaba suavemente el padre Marcos. Y el chico contestaba: un soplo. El Espíritu era un soplo, un aliento, y su efecto debía indagarse en lo instantáneo, cuando el soplo pega en la piel desprovista.

Un día comprendió que quería cursar el secundario en el colegio trinito donde el padre Marcos enseñaba teologías. Corrió a decirle, subió a saltos los tres pisos. Pero el padre Marcos lo miró con una incomodidad. Le sugirió que mejor no fuese a escuela trinita; él mismo había hecho el secundario en escuela laica y sólo después se había consagrado.

Por sugerencia del padre Marcos la madre lo anotó en el Colegio Universitario de Santo Espíritu. El Colegio estaba desde luego vedado a los oscuros pero también, iba a descubrir Fontela, se resistía a los que, sin ser oscuros, provenían de algún desamparo.

En el Colegio tuvo lugar la segunda aparición del padre. A diferencia de las de la infancia, ésta fue única, puntual. La consintieron y presenciaron, según Fontela, autoridades del Colegio, personal subalterno, un par de profesores, algunos condiscípulos, incluso unos padres, como tratándose de una decidida puesta en escena. El padre, espectacular, entró sólo para anunciar que él no era el padre; el padre era otro y la paternidad se verificaba en el orden de una relación no confesable.

Si ese hombre no era el padre, ¿para qué lo buscaba? Y si lo buscaba, en la insistencia de buscarlo, ¿no era el padre? Por lo demás, sabemos que los padres trinitos son célibes, no tienen hijos y la Iglesia se hace cargo de sostener a todo niño cuyo engendramiento pudiera ser atribuido a un sacerdote trinito. Pero esto no suprime los deberes y responsabilidades de los padres de la realidad cotidiana, los papás. Claro que estos obvios comentarios son míos, no de Fontela y menos aún del adolescente que Fontela pudo ser.

Poco después Fontela abandonó el Colegio Universitario. Completó el secundario en un colegio trinito parroquial del sector Oeste. No intentó ya dibujar la Trinidad. Al terminar el secundario, la madre, hablando como si le temiera, dijo que había una beca, la Iglesia Trinita lo becaba para estudiar lo que quisiera, él aceptó sin hacer preguntas y se inscribió en medicina. Quizá dio unas pocas materias, quizá casi llegó a recibirse.

Una vez, bajo efecto del alcohol --que yo hago ingresar acá cuando quiero o necesito--, contó que él llegó a pintar la crucifixión. Habló de los artistas que se permiten pintar el dolor y la sangre de Cristo: desconocen así la Trinidad, o la rebajan a un erotismo turbio. Después de actuar, destruyen su producto. Borracho, dijo que usan pinceles cargados con colores fuertes, pastosos como excremento, y así como pintan viven.

Pero en general Fontela prefiere no hablar de esa época de su vida. Como en todos los secretos humanos, no debe tratarse de nada indecible, sino de algo que avergüenza demasiado.

17

Ese martes, Fontela realizó normalmente las operaciones programadas. El padre no volvió a presentarse, ni ese día ni el siguiente. El tercer día, cuando se disponía a vestir la bata quirúrgica, lo asaltó un temor a que le temblara el pulso. Se miró las manos ya enguantadas, no temblaron. Operó sin dificultades pero antes de retirarse suspendió las intervenciones previstas para el día siguiente. El cuarto día, no se levantó de la cama. No salió del dormitorio para comer y no tocó la bandeja que le llevó la oscura. Blanca cenó sola y luego se acostó a dormir. Él durante toda la noche procuró mantenerse inmóvil para no despertarla.

El quinto día al anochecer él salió del dormitorio, fue a la cocina, abrió la alacena, tomó el tarro de azúcar y comió de a cucharadas casi sin respirar. Blanca, desde la sala, lo miraba. Siguió comiendo grandes cucharadas, se pasó la lengua por los labios pegoteados.

No volvió al dormitorio. Se encerró en la habitación desocupada. La oscura le llevó unas mantas.

El sexto día, Blanca no estaba. En la cocina alguien había dispuesto unos panes, un pedazo de queso de Salsal y una copa de vino tapada con una cartulina. Sintió gratitud. Comió y bebió.

El séptimo día, desde la puerta de la habitación Blanca le comunicó que Víctor Odriozola estaba en Santo Espíritu y lo citaba en la clínica. Él se bañó y se vistió. Víctor Odriozola lo atendió en su despacho. Tenía los labios apretados. Los despegó para decirle, cordialmente, que no se preocupara por el diploma. Él había hablado con el padre y el padre no iba a volver. Le dijo que de ahí en más Fontela debería efectuar todas las intervenciones que le fueran indicadas, sin excepciones. Fontela asintió. No volvió a temer que le temblaran las manos.

El mes siguiente, Víctor Odriozola se trasladó definitivamente a Santo Espíritu como director de Clínica Aguilar Metropolitana. Su mujer permaneció en Salsal, retenida por las migrañas. La clínica se consolidó como centro de cirugías estéticas. Los pacientes que habían sido rechazados por Fontela fueron nuevamente convocados y algunos aceptaron. Fontela sólo hacía operaciones convencionales, ya no más aquella del trazo único. Fue uno de esos pacientes recuperados, una mujer, quien hizo la absurda denuncia por mala praxis.

Aquella vez cuando Fontela se había negado a operarla, ella sintió --así dijo en el juicio-- una curiosidad. No intentó con otro profesional y casi un año después, cuando Víctor Odriozola la llamó, esa misma curiosidad la llevó a aceptar. Fontela, al recibirla, casi sin mirarla dijo que la iba a operar y le dijo el precio. Como si fuese una compra en una verdulería, se indignó la mujer. La intervención y el postoperatorio no presentaron incidentes pero la vida de la paciente siguió más o menos igual: el cirujano no había cumplido en otorgarle el trazo definitivo que sí había brindado a otros. La denuncia era insostenible pero dio lugar al pedido del diploma y el escándalo. Todavía hubiera podido arreglarse, pero nadie intervino en favor de Fontela. Lo interesante fue la captura. El operativo espectacular, como si buscaran a un asaltante de bancos, como si me buscaran a mí. La irrupción, las armas, los perros como brotando del fondo de su propia alma atormentada.

En su celda, mínima y ordenada, ha instalado el consultorio. Allí atiende a presos y a guardias, ése es el verdadero consultorio médico, antes que la enfermería regida por doctores sólo atentos a traficar con píldoras o a narcotizar a los presos que les sean indicados por los guardias. En los largos ratos blancos se sienta en su silloncito de mimbre desflecado, regalo de un paciente, tan parecido al de San Martín del Monte. Tiene su termo, toma cafecitos. Por la claraboya, muy alta, llega a veces luz de sol.

Yo actúo con discreción. Primero me encargué de que nadie lo molestara y dispuse que él supiera que me lo debía a mí. Advertí en él esa puesta entre paréntesis de la voluntad que, cuando no se resuelve, es el efecto más invalidante de este lugar. No tenía abogado ni se interesaba en buscarlo, más allá del distraído defensor oficial. Insistí en ofrecerle los servicios de Vargas y sólo aceptó cuando lo presenté como agradecimiento por unos forúnculos que me había curado. Le sería fácil a Vargas conseguir su excarcelación pero yo le ordené que no lo haga. Él tampoco muestra apuro por salir.

Como otros, se confió a mí. Yo los escucho. No hago preguntas, no pido aclaraciones, no me interesa entender. Ellos quieren hablar y yo los dejo, a los que elijo, los que me puedan ser útiles. Él me interesa mucho. Contar con un cirujano es invalorable. El talón de Aquiles de los equipos como el mío son las heridas. De hecho, si estoy aquí es por la confesión de uno de mis hombres, apresado cuando lo dejamos en un hospital. No pretendo de los míos lealtad. No actúo en función de ideales sino de mi personal beneficio, ellos hacen lo mismo y es previsible que, llegado el caso, delaten. Sólo procuro alentar su lucidez para que sepan discernir la intimidación y los engaños que la policía y los fiscales están llamados a ejercer.

Por eso digo que contar con él es invalorable. Claro que yo podría conseguir médicos, pero no con su talento. Una vez afuera estaré en condiciones de equiparle un quirófano e incluso, ya lo he pensado, ofrecerle una colaboradora que él entrenará como enfermera-instrumentista. Esto nos independizará del sistema de salud.

Entonces, ninguna excarcelación. Quiero que se vaya con los míos, por mi túnel. Él no está dispuesto todavía y no será fácil. Ahora que empezó el juicio le pedí a Vargas, autorizándole los gastos, que traiga algún testigo de San Martín del Monte. Tal vez eso lo ayude a recuperar la voluntad.

Mejor que traerme a mí, hubieran traído a alguno de los botis que el doctor Fontela les salvó la vida en riñas, me contó Vargas que dijo la señora Martina en la audiencia. Botis les dicen a los adolescentes en esa provincia. Porque cuando él llegó a San Martín, dijo la señora Martina, había muchas riñas, la gente tomaba, los botis y también los hombres grandes, a veces se peleaban a cuchillo pero las heridas mayores, las muertes, eran cuando peleaban sin armas. Porque a cuchillo cabía una contención, un concurrir de destrezas y, por una herida suave, discreta marca en la cara del otro, se reconocía al ganador; pero a mano desnuda se luchaba hasta el final. Las uñas de los dedos entraban en los ojos. O alguno, al caer, encontraba una piedra alargada y el otro entonces también, era tan fácil armarse y con las manos empedradas atacar, primero al cuerpo, al hígado, “al hígado”, pedían los que miraban, hasta que, sin aire, caían los brazos del otro y se podía pegar a la cara, una, dos veces con mano empedrada, la sangre, más y más hasta la muerte. Bueno, el doctor intervenía. Primero lo llamaban al final, cuando había poco por hacer o nada, pero después quién sabe cómo se enteraba, dice la señora Martina, alguien le avisaba al doctor y él llegaba y se metía, en el estado en que estuviera la pelea, entre las manos de los hombres y, como si hubieran estado esperándolo, la lucha cesaba, él hacía unas curaciones y si hacía falta los acompañaba a Salsal, eso hacía.

Al entrar en la sala, la señora Martina lo había buscado y lo saludó, “Buenos días, doctor”, en discreto desafío a los otros, los jueces, los extraños. La señora Martina estaba igual, quizá murmuró Fontela: verla otra vez con su pelo negro y su gesto eficiente le habrá dado una sensación de escenas cambiadas, como si él mismo, un él mismo más cierto, transcurriera todavía en San Martín del Monte. Cierto que los oscuros envejecen poco, o los signos de su envejecer son poco perceptibles, y no había pasado tanto tiempo.

Pero la deposición de la testigo no es pertinente, sostuvo el fiscal. La posibilidad de que el imputado hubiera desarrollado una labor humanitaria no afecta la índole del delito cometido, sin perjuicio de que pueda apuntar a una consideración general favorable de la personalidad del acusado, que de todos modos debiera ser corroborada por otros testimonios. En verdad, a

contrario sensu, el testimonio de la señora Martina Paredes viene a sostener la acusación de ejercicio ilegal de la medicina, que debe entenderse reiterado, extendido en el tiempo. Es más, establecido por la deponente el ascendiente del que el imputado gozaba en esa comunidad, al punto de interrumpirse peleas mortales por su sola presencia, cabe inferir la posibilidad de que los miembros de la susodicha comunidad, en la falsa seguridad de contar con un profesional que podía asistirlos, se expusieran a riesgos mayores en situaciones de riña o en otras situaciones aún no precisadas.

Es que el doctor no era como los otros, dijo la señora Martina y guardó silencio. Quizás en San Martín siempre supieron que él no era médico. Él como que nos pedía permiso a nosotros, recuerda y calla Martina. A ellos les llevó tiempo darle el permiso y sólo se lo dieron cuando estuvieron seguros de que no era un doctor como los demás, como estos doctores del tribunal que, si la miraran, sólo verían en ella una oscura más. En un tiempo había habido curadores, ella recuerda todavía de cuando era muy chica, el curador o más bien la curadora, el cuerpo encorvado, en garra. El curador o la curadora eran oscuros, eran de ellos mismos. Después no hubo más curadores y sólo quedó el alcohol de los sábados. Y aparecieron los doctores. Llegaban y se iban. Llegaron junto con los padres trinitos, eran extraños como los trinitos, hasta que vino el padre José Luis que era distinto, se emborrachaba no sólo sábado pero todos los días y se encerraba sin exigir ni molestar, y después llegó el doctor Fontela. La misma distancia infranqueable que lo separaba lo hacía ser uno de ellos. ¿Y ahora? Nadie lo extraña. Quizá solo ella. Han vuelto a la diversión fuerte de las manos empedradas.

Vargas dice que Fontela escuchó a Martina con un malestar creciente. Vislumbrar que en San Martín siempre habían sabido le habrá causado una desnudez. Él había tenido allí un trabajo como los trabajos de los hombres y cada dos sábados las putas amables, cada dos domingos dibujar la iglesia, pero allí también había sido mirado, también los oscuros habían mirado y él también allí había cumplido un trayecto, una carrera pero él había buscado otra cosa, algo que ya no importaba y sólo quería que lo sacaran de esa sala y volver acá, a la música de crujidos de su silloncito.

Quieren imponerle un castigo ejemplar, dice Vargas. El testimonio de la oscura de San Martín del Monte lo perjudicó. En el hecho de que una oscura lo haya llamado doctor, sabiendo que no lo es, pueden leerse peligros sociales gravísimos. El Gobierno de la Nación manifestó su interés en el caso, que ya habían expresado no sólo el Colegio Médico sino todos los colegios profesionales de Santo Espiritu. Estarían más dispuestos a conmiseraarse si él hubiera cometido errores: si su trayectoria en la profesión demostrara que el desprecio por la institución formativa tiene consecuencias dañinas. Lo evidente de la culpa hubiera reducido la necesidad de sanción. Por eso los argumentos y los testigos que Vargas reunió sobre su trabajo como cirujano lo perjudican, lo hunden. Justamente porque son veraces, procedentes de ciudadanos probos y respetables sólo alentados por la gratitud, hacen más necesario el castigo.

Y así está bien. Mi propósito y por lo tanto el de Vargas no es que salga en libertad. La perspectiva de una condena máxima debería mostrarle que su única posibilidad está en acompañarme. El túnel ya está listo pero postergué unos días la fuga para que él se decida. Sé que es un riesgo, toda fuga depende de una precaria constelación de circunstancias. pero considero que vale la pena.

Él no recibe visitas. La mujer oscura de San Martín, aunque su testimonio fue tan elogioso, no se interesó en verlo. Una vez vino a verlo un padre trinito, seguramente Marcos, pero él se negó a recibirlo. La esposa vino una sola vez.

Circuló el rumor de que ella, Blanca, fue sometida a requisita; de que se negó al privilegio que, en virtud de las leyes no escritas que nos regulan, tenía como mujer no oscura y fue requisada como las otras. Se discute si lo hizo por voluntad de hacer la experiencia, una voluntad quizá frívola de joven rica, o como demostración, quizá para sí misma, de lo que estaba dispuesta a soportar, o en el orden de una expiación, un acto religioso cuya materialidad sucia lo refiere, antes que al Espíritu Santo, al Crucificado. Pero el rumor es inverosímil: no basta con que una mujer clara acepte o pida ser requisada; las guardiacárceles (ellas mismas oscuras) no se permitirían ese acto, salvo en casos especiales como el de las presas políticas y bajo mandato expreso de la superioridad. En todo caso, que el rumor de su requisita haya circulado entre los presos sugiere cómo ella, Blanca, puede ejercer influjo en los lugares donde se hace presente, o delata la obscenidad que ella suscita.

Él después de la visita de Blanca guardó silencio. Según el guardia que presencié el encuentro, estaban sentados ante una de las mesas descascaradas de la sala de visitas y ella, después de vacilar un momento, le tendió la mano. Pero lo que importaba no era la mano tendida sino la vacilación. Estuvieron un rato así, sin hablar. El guardia vio en ella una expresión de lástima o piedad. La torpeza o desatención del guardia le impide discernir distinguir entre lástima y piedad. Él tenía el cuerpo tenso hacia ella; Blanca tenía el torso recto, las piernas cruzadas bajo la mesa. Él fue el primero en retirar la mano. Ella no volvió a visitarlo.

21

Alguien sin que yo lo ordenara le quemó el silloncito de mimbre, para ayudarlo a decidirse: fue una estupidez. Esas manifestaciones de poder son contraproducentes, y yo sé que cuando quiera puedo forzar su voluntad: me bastará mencionar la seguridad de Blanca. No por nada lo escuché todo este tiempo, sé cómo pulsar su debilidad.

Vargas me habló de ese doctor Aguilar. Cuando viajó a Salsal fue a verlo, por iniciativa propia. Vargas es un muchacho con aspiraciones y estoy seguro de que considera su trabajo para mí como una etapa en su carrera profesional, una etapa incómoda pero formativa y bien remunerada. El doctor lo recibió en su casa del Alto. Vargas dice que lo impresionó la pulcritud del lugar, un orden inhumano, dijo. La mujer del doctor estaba en la sala con sus revistas de viajes y le sonrió como si ella supiese algo que prefería callar. El doctor lo hizo pasar a la pieza de los elefantitos, desocupada desde que Blanca vive en Santo Espíritu. Le ofreció el pequeño sillón junto al escritorio y se sentó en la cama de la hija. Efectivamente había muchísimos elefantitos, desde los primeros de peluche, desorejados, hasta los de porcelana y alguno con colmillos de marfil auténtico.

Por la ventana se veían nubes bajas, Vargas no vio ningún indicio del salar. El doctor entre las cosas de la hija parecía desamparado, como si ella hubiera muerto. Vargas le preguntó si estaría dispuesto a testimoniar en el juicio y él lo miró sin entender. Fontela, dijo Vargas: el

juicio a Fontela. Aguilar, endureciéndose, dijo que Fontela no era más que un regalo, uno de los regalos que él le había hecho a la hija.

22

Fracasé con él. Yo no podía ya postergar la fuga, él vacilaba, tuve que mencionar a Blanca: que mis hombres, que por el bien de ella, que dependía de él. Fui oblicuo y discreto. Él debió haber palidecido, su palidez hubiera sido suficiente signo y habríamos pasado a otra cosa, a la fuga. Pero se limitó a una sonrisa, un gesto leve y me miró a los ojos. Él no palidecía y yo, por primera vez en muchos años, me sentí enrojecer.

Él se entregaba al sarcasmo. Era invulnerable.

A continuación admitió la fuga pero por otra causa. Él quiere volver a su línea de sangre bajo el bisturí. Anhela un quirófano, yo puedo dárselo.

Pero ya no le creo. Temo a un sarcasmo que no se detiene ante nada. Su amenaza no es la traición sino el fracaso, capaz de propagarse como una infección. Y yo tengo responsabilidades: por la seguridad de mis hombres ciertamente, pero también las que emanan de mi función social, mi contribución a la maquinaria fecunda que abarca la propiedad, el robo, la cárcel y el túnel.

De todos modos lo haré venir con nosotros, le daré un lugar. Él entrará el último en el túnel y cuando haya problemas, que siempre los hay, será el que caiga para que los demás, nosotros, podamos escapar.